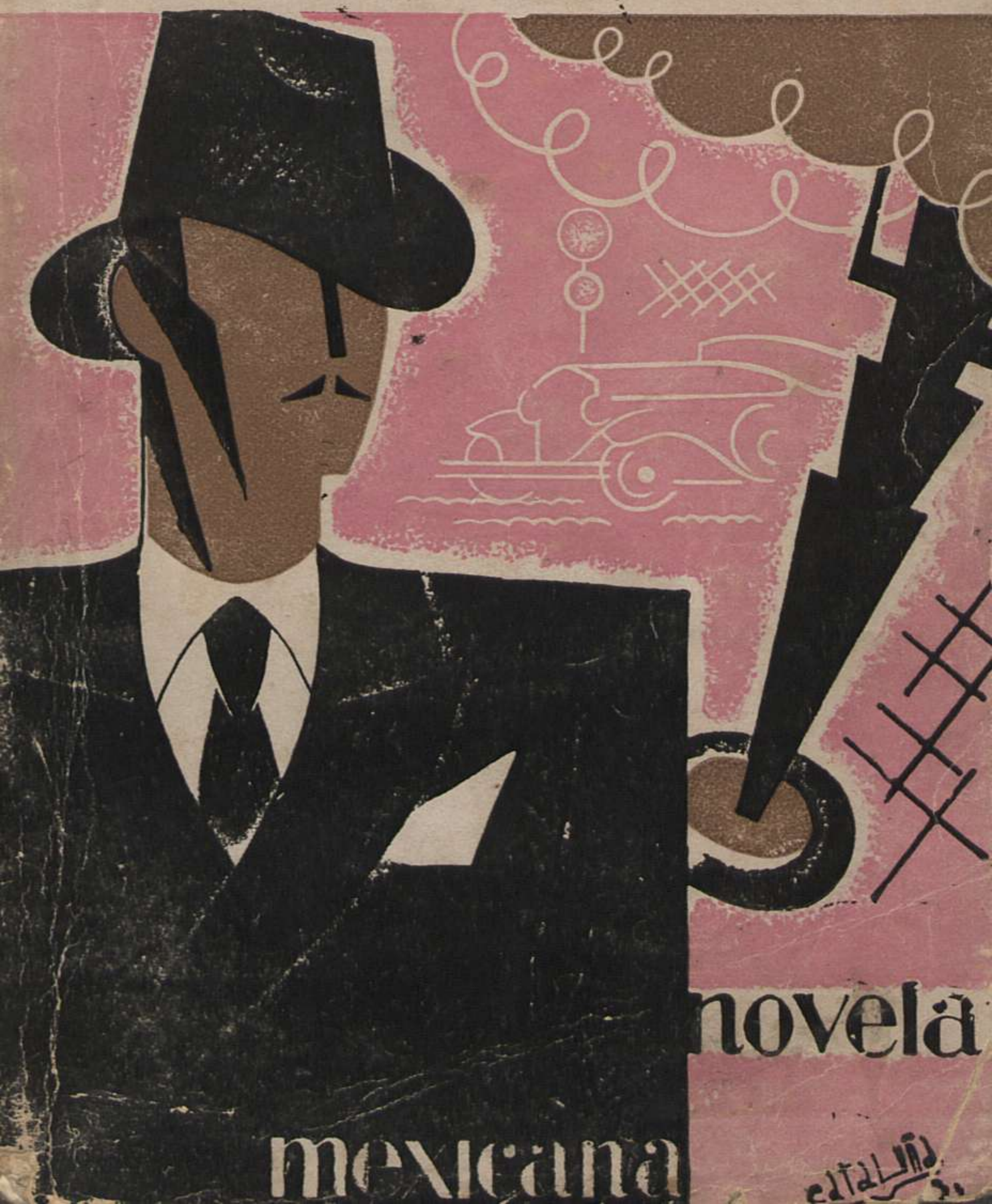


JOAQUIN BELDA

# EL "FIFI" DE PLATEROS



novela

mexicana

editorial



BIBLIOTECA REGIONAL



1157372



# El Fifi de Plateros



# OBRAS DEL AUTOR

---

"La Suegra de Tarquino", Traducida al Italiano por la casa Bemporad, de Florencia, con el título de "La Suocera di Tarquino", en 1921.

¿Quién disparó?

Memorias de un Suicida.

Saldo de almas.

La Farándula.

La Piara.

Alcibiades-Club.

El Pícaro oficio.

Una Mancha de sangre.

La Coquito.

Aquellos polvos....

Más chulo que un ocho.

Carmina y su novio.

Las Noches del Botánico.

La Pregunta de Pilatos.

Memorias de un Sommier.

Las Chicas de Terpsícore.

El Alumno interno.

Un Pollito "bien".

Traviatismo agudo.

La Diosa razón.

La Bajada de la cuesta.

El Compadrito.

Los Corrigendos.

El Faro de Biarritz.

Las Bodas de Oro de mi Colegio.

De Pinto vino el amor.

La Perla del Malecón.

NU  
10453  
pt. 94144



R - 166.451

JOAQUIN BELDA

# El Fifi de Plateros



MEXICO



---

ES PROPIEDAD  
Derechos reservados

---





## I

—Usted va a ver una de las maravillas del mundo.

Mucha gente le había hablado así en la Habana, refiriéndose al camino que sigue el ferrocarril mexicano desde el puerto de Veracruz a la Capital de la República. Y no eran solo mexicanos los que así le hablaban: en ellos el amor al terruño podía a caso nublar la imparcialidad de la apreciación; pero los otros no tenían por qué exagerar.

Jaime Bagrela comprobaba ahora, sobre el terreno la exactitud de cuanto le habían anunciado. El viaje lo hacía en el tren diurno, precisamente para que sus ojos vieran; para ello había tenido que pasar una noche en Veracruz, cosa que no le pesó, pues pudo así conocer la pintoresca calle de Guerrero, en la que más de cien mujeres públicas,



sentadas tranquilamente a la puerta de sus cien casas—estaba prohibido que en cada domicilio habitase más de una—eran como un meeting contra la hipocresía social de otros países.

En lo que no se habían cumplido las predicciones de sus amigos era en lo referente a la temperatura.

—Usted tendrá calor—le habían augurado,—hasta Orizaba por lo menos: después entrará usted en el paraíso terrenal.

Y el paraíso terrenal había comenzado en el mismo Veracruz.

Había llovido durante la noche, y la mañana de fines de Marzo, era de una frescura sumamente agradable. El campo, recién lavado por la lluvia, tenía ese atractivo brillante de las cosas nuevas, en las que parece que se aprecia mejor el latido de la vida.

La belleza del paisaje se iba imponiendo poco a poco: al principio, en las cercanías del mar, el aspecto de él era vulgar, atractivo si se quiere, pero como se ve en otras muchas partes del mundo.

Poco a poco el terreno se iba quebrando y el encanto del espectador iba en aumento.

Bagrela, desde la terraza del coche Pullman, iba saboreando un panorama que en una sala obscura y a los sonos de un sexteto, se veía alguna que otra vez en la pantalla de los cines.

El tren se alzaba a alturas inverosímiles, dejando abajo, en el fondo de los valles de esmeralda, los pueblecitos diminutos; se perdía en recovecos y en curvas de una audacia loca; pasaba por túneles tan numerosos como discretos, pues ninguno de ellos du-



raba más de un minuto; atravesaba puentes tan atrevidos, que luego, al ser contemplados por el viajero desde el otro lado del arco que formaba la vía, hacían exclamar a aquél con cierto terror:

—¡Y yo he pasado por allí!

Todo ello adornado con una esplendidez de vegetación que parecía cosa de ensueño. Era una mezcla sorprendente de la flora de las cumbres y de la lujuriosa arboleda de los trópicos; porque donde quiera que el terreno se hundía hacia el abismo o un repliegue de la roca resguardaba el suelo de los vientos fríos predominantes en la región, brotaba el árbol o la planta tropical, y el contraste era maravilloso.

Se veían a lo lejos las famosas cumbres de Maltrata: unos picachos coronados de nieve, alguno de los cuales era un volcán extinto, aparecieron a la izquierda.

A Jaime Bagrela le alegraba el espíritu la contemplación de aquel panorama, fuerte, recio y vigoroso, que formaba en su psiquis como un aliento de fortaleza, después de tres meses pasados en contacto con los paisajes bellos, pero un poco empalagosos del trópico.

Este era México, el país de las leyendas sangui-narias y de las luchas eternas. Por estos mismos valles, en los riscos más orgullosos de estas mismas montañas, se había desarrollado la historia de la famosa revolución mexicana, esa revolución que tan mal apreciaban y tan mal sabían ver desde lejos los países europeos.



La Geografía lo explicaba todo, y el pueblo mexicano, que vivía encima de un lecho de oro,—el oro líquido se llamaba el petróleo—podría ser acusado de cualquier cosa menos de anemia. Sus defectos, sus vicios, no eran más que virtudes supremas que aún no habían encontrado su cauce.

El camino todo era una feria continuada que tenía un puesto en cada una de las estaciones. Hombres y mujeres, ellos con el clásico sombrero ancho, ellas envueltas en sus mantones para defenderse del frío de las cumbres, salían a los andenes a vender todo lo vendible.

Predominaban en las mercancías los artículos de comer, en una variedad infinita: las clásicas tortillas del país, las enchiladas, rabiosas y picantes como discursos demagógicos, los tamales de hoja, las frutas, entre las que llamaban la atención por su tamaño, las sabrosísimas papayas, una especie de melones de corteza rugosa y un poco elefantisiaca, los dulces de mil clases diversas, cuanto puede apetecer la gula, o simplemente el apetito del viajero.

Pero también había vendedores de sarapes, de trabajos maravillosos de cuero, en forma de carteras y de bolsas de señora, de bastoncitos multicolores y delgadísimos, que todos los viajeros compraban. Y sobre todo, como el atractivo mayor de aquella feria, en que el ambulante no era el vendedor sino el comprador, las flores, los montones, las cataratas de flores que producía aquella tierra bendita, y que el viajero podía adquirir a un precio ínfimo.

Al otro lado de los montes, ya en la meseta en



que se alzaba la noble Ciudad de México, comenzaban las grandes llanuras, en las que las plantas de que se extraía la bebida nacional, el pulque, se extendían hasta el infinito, llegando a escalar la falda de las montañas que servían de anfiteatro a quel inmenso circo.

Sobre todo en los llanos de Apam las plantaciones dominaban la planicie: eran unas plantas iguales,—si no eran las mismas—a las alzabalas de las regiones levantinas europeas: del corazón de ellas manaba un jugo que debidamente fermentado, constituía el licor nacional por excelencia, el bálsamo embriagador que bebía el pelao en su jacal y el proletario en la típica pulquería ciudadana.

Y, como broche de oro que cerraba el viaje, ya a las puertas mismas de la Ciudad de los Palacios, la Villa, el pueblo feliz que guardaba en su seno la espléndida iglesia de la Virgen de Guadalupe, Señora de los Cielos en la que creía todo el mundo en México, lo mismo el ateo que el devoto.

Desde el tren, al pasar se veían las cúpulas del hermoso templo, y luego la fachada principal al término de una alameda. Y Jaime, también al pasar, se descubrió reverente.

Saludaba a la Virgen, pero comprendía asimismo en aquél su primer saludo, a todo el pueblo mexicano.

---









## II

Bagrela se hospedó en el Hotel Regis, el más animado y aristocrático de la Capital.

A las ocho de la noche del día de su llegada, que era domingo, apenas quitado el polvo del viaje—el tren llegaba a las seis—se echó a la calle, con ansia de tomar posesión de la ciudad.

¿Cómo sería ésta? ¿Habrían exagerado sus informadores?

Salió al azar, aunque en el mismo tren ya había consultado un plano de la ciudad. Torció a su izquierda y desembocó en seguida en una espléndida avenida que se abría en las frondosidades de un parque inmenso, del cual, con las sombras de la noche, salía una frescura muy agradable.

En el centro del arbolado, y rozando la acera misma de la calle, que aquí en México se llamaban ban-



quetas, había un monumento de suprema elegancia: era una columnata del más puro estilo griego, en medio de la cual se alzaba una gran estatua sedente.

Esta estatua, según vió Bagrela al día siguiente, era nada menos que la del ilustre Benito Juárez, uno de los fundadores de la patria mexicana; ahora, en las sombras de la noche, el no saber precisamente de quién era, parecía añadir un encanto de misterio más a la grandeza del monumento.

Otra mole, ésta de edificación y de una blancura deslumbrante en la noche, salió al paso del visitante al terminarse el macizo del arbolado.

Esta sí la conoció: era el Teatro Nacional, aquel famoso Teatro Nacional de México que todos los artistas del mundo conocían aunque sólo fuese de referencia.

Obra modelo, en suntuosidad y en adelantos escenográficos, tenía un solo defecto: que no se terminaba nunca. Los años pasaban y el dinero del Estado se sepultaba en él sin que el fin se viese cercano. (1)

De algún tiempo a esta parte, la elegante mole había hecho demasiado asiento en su cimentación y, gracias a lo movedizo del terreno sobre que estaba edificada la ciudad de México, se había hundido un poco.

Los periódicos le gastaban bromas por medio de sus redactores satíricos, y había habido que quitarle de lo alto los cuatro pegasos bronceíneos, obra de Querol, trasladándolos a la plaza de la Constitución, como alivio de peso a un enfermo débil.

También como a un enfermo se le iban a aplicar

(1) Fue inaugurado (¡Por fin!)  
en 1934. ✓



unas inyecciones de material en los cimientos, empleando un sistema novísimo. Había que esperar que pasara la crisis y que el teatro se inaugurara al fin, y ya que no fuera Caruso quien lo inaugurase, como deseaba ardientemente el famoso tenor, que fuese otro gran artista de los aureolados con los resplandores de la gloria.

Una calle amplia que cruzaba y, arrancando de ella, la de Francisco I. Madero, que antes de la tragedia del presidente iluso, tuvo el bonito y clásico nombre de Plateros.

Según le habían dicho a Jaime, aquella calle era el corazón de la ciudad, y si no el corazón, la columna vertebral. Vió a la izquierda una casa colonial con la fachada de azulejos resplandecientes: al otro lado del arroyo dos iglesias, más allá un suntuoso palacio, el de Iturbide, cuyo patio admiró Bagrela desde la calle, a través del inmenso portal.

Iluminadas, como si abiertas estuviesen también, aparecían algunas tiendas de artículos de lujo; sus escaparates y vitrinas eran los mismos de París, el mismo buen gusto, la misma suntuosidad, sin llegar nunca a lo chillón.

La calle estaba iluminada a giorno, con la profusión de sus grandes candelabros, que más que de una calle, relativamente estrecha, parecían de un parque o de un gigantesco salón de baile.

La fachada de un cabaret afamado, acaso el mejor de la ciudad, doblaba en ángulo a otra calle, la de Bolívar, por la cual torció Jaime.

Le atrajo la animación que reinaba en ella, con



la gente que iba a los teatros, entraba y salía de los restoranes y cantinas, o simplemente paseaba la digestión de la cena en aquella primera hora de la noche.

Abundaban los anuncios luminosos, grandes y chicos; Jaime Bagrela, bajo ellos, caminaba muy despacio, como impregnándose de aquel ambiente en el que se disponía a vivir durante una temporada.

De pronto, unas letras de oro, más grandes que las demás, que salían hacia la calle de la fachada de un edificio, le hicieron dar una voltereta al corazón.

Decían así: MARIA CONESA.

---



---

### III

—¡María Conesa! No creí encontrármela tan pronto, a los pocos minutos de llegar,—pensó Jaime.

Y le pareció que ya había realizado uno de los primordiales fines de su viaje a México.

¡María Conesa! Había tenido la fortuna de conocerla el año anterior en Madrid, en una escapada que ella hizo a la patria nativa, con todas las ilusiones que la distancia crea y había podido comprobar que a más de una gran artista, era una gran persona.

Se había honrado con su amistad, y se había bañado más de una vez ¡porque, aquello sí que era un baño! en la luz de aquellos ojos hermosísimos, abismos de sugestión que, sólo naciendo en Valencia o en Cuba saben tener las mujeres.



Pero el encontrarla ahora aquí en México, en su segunda y verdadera patria, en el escenario de sus triunfos de semidiosa, le producía una emoción especial.

El caso de María Conesa en México, era un caso único en la vida de una artista; Bagrela lo sabía por referencias, y lo fué comprobando de "visu" pocos días después. Porque no era la figura teatral simpática al público, que en cuanto baja el telón se convierte en una burguesa particular y tiene como supremas complicaciones de su existencia la de teñirse el pelo o la de coserle los calcetines al marido. No. La Conesa, como la llamaban todos en México, y a voces, cuando se cruzaban con ella por la calle, era sencillamente el ama y el alma de la ciudad.

*Manuel París,*  
Ambas cosas logradas por medios legítimos, sin intrigas, a la luz del día. Casada con un perfecto caballero, y madre de un hijo que ahora se educaba en un colegio de Los Angeles en California, María había tenido el supremo talento de no echar lazos demasiado fuertes a su vida, como de quien tiene que dirigir a los demás.

Nacida en Vinaróz, su nacionalidad era lo de menos, aunque otra cosa piensen los que hacen del concepto de Patria un postulado matemático. Ella era mexicana de corazón, y eso era lo que valía.

En México, toda persona que quería conseguir alguna cosa difícil cuyo logro hubiese de fabricarse en las altas esferas, primero se lo pedía a la Virgen de Guadalupe, y si la Virgen no hacía caso,—porque



la Buena Señora no puede atendernos a todos—entonces se lo pedía a María Conesa.

Otros, más cautos, se lo pedían a las dos Marías al mismo tiempo, y tampoco faltaba quien, alternando el orden, acudía primero a la Conesa.

La Virgen no se enfadaba por eso, porque la artista era una gran devota suya.

La mimada de los mexicanos tenía su gran secreto sentimental que como tal secreto, lo conocía todo el mundo: estaba enamorada siempre de..... quien debía estarlo por obligación.

A ella, últimamente, le daba mucha rabia que se lo dijese: al oírlo ponía una cara muy graciosa, los ojos se le agrandaban aún más, como si fuese a sepultar en ellos a su interlocutor, y en cambio, la boca se le empequeñecía como si apretase instintivamente los labios para que no saliera por ellos la palabra que le estaba bailando en la boca:

—¡Estúpido!

Pero, a pesar de todo, la cosa era verdad.

Y estaba muy bien que lo fuese. María Conesa, al contemplar el retrato de su hijo, o al darle un beso en la frente si lo tenía al lado, no tenía que acallar ningún remordimiento, ni que pedir perdón a Dios por ninguna clase de fraude.....

Era alegre, dicharachera, buena, caramarada; guardaba la gravedad para los momentos graves de la vida, y cuando reía lo hacía de buena gana, como persona que no tiene que guardar su tontería nativa con el escudo de una seriedad pollinesca.

El lector no necesitará que le digamos que Ma-



ría Conesa tenía muchas envidias, sobre todo entre personitas de su mismo sexo. Cuando podían morderla la mordían, y a ella la cosa le hacía muchísima gracia, tanta, que rara vez contestaba a un mordisco con otro, y hacía bien, porque tenía una dentadura muy bonita, que se hubiera podido estropear al contacto con la carne de víbora.

Jaime Bagrela leyó el cartel del Teatro Principal, donde María Conesa trabajaba. ¿Entraría a verla? Era, desde luego, la mejor visita que en México podía hacer a tales horas, pero él no quería verla así, con el ajetreo de los cambios de traje, entre la multitud de amigos que seguramente invadirían el saloncillo a tales horas.

La vería más adelante. Ahora volvió sobre sus pasos, y, desembocando de nuevo en la avenida Madero, siguió por ella y vino a dar en la plaza de la Constitución.





## IV

Al lector puede que le interese saber por qué había venido a México Jaime Bagrela.

Cuando llegó el momento de que nuestro héroe se marchase de la Habana (1) pensó enderezar el rumbo de sus pasos hacia Europa, pero reflexionó que era un poco ridículo abandonar las tierras doradas de esta parte de América, sin rendir visita a México, el país maravilloso, preñado de porvenir.

Y a México se vino retrasando de buen grado por unos meses, el regreso al amado París.

Al verse ahora, a las once de la noche, en el centro de la hermosa plaza de la Constitución, Jaime

---

(1) De las andanzas de este personaje en la Habana, se habla ampliamente en la novela "La Perla del Malecón."



notó que de repente, se le caían treinta años de encima.

El recuerdo parecía cosa de magia. Porque siendo él muy niño, había en casa de sus padres, entre varias litografías medio borradas por la acción del tiempo, una que representaba la plaza de la Constitución de México, enfocada de modo que se veía como edificio principal el de la Catedral.

Durante varios años, Jaime estuvo viendo a las horas de las comidas en la casa paterna, aquella plaza, a la que él contemplaba con ese aire misterioso e inasequible con que se miran las reproducciones de aquellos parajes que, no hemos de ver nunca en su palpitante realidad.

Y ahora, al cabo de los años, se veía en el corazón de todo aquello, y evocaba los años de la niñez, como esos tenores de las zarzuelas grandes, que vuelven desde muy lejos a la patria nativa.

El paraje era realmente grandioso. Nada, o casi nada había en él que fuese banal: tres lados del cuadrilátero que era la enorme plaza, estaban ocupados por tres maravillas arquitectónicas: la citada Catedral, el Ayuntamiento, y el Palacio Nacional, que fué antaño morada de los virreyes.

El centro de la plaza antes lleno de árboles centenarios, era ahora un jardín bajo a la inglesa, en cuyos extremos lucían los caballos de Querol, que habían sido descendidos de la gran cornisa del teatro nacional.

Jaime Bagrela, fué al centro de ese jardín y des-



de allí contempló lentamente la plaza en sus cuatro direcciones.

Toda la historia de México estaba allí: la antigua y la actual, pues si el gran templo podía ser para muchos espíritus fuertes solo una reminiscencia de lo antiguo, en las otras dos moles arquitectónicas, la casa de la ciudad y la del gobierno de la República, palpitaba la ciudad actual con su feroz dinamismo.

El Ayuntamiento era una casa alegre, elegante, con aquella fachada bajo los pórticos, llena toda de azulejos que reproducían entre otras cosas los diversos escudos de la ciudad.

El Palacio Nacional, era uno de los edificios, sin disputa, mayores del mundo: la fachada que daba a la plaza, era enorme, pero para darse idea de las verdaderas proporciones del edificio había que darle la vuelta a todo él como hizo Bagrela en días sucesivos: en la faena se empleaba más de un cuarto de hora.

La Catedral, verdadera obra de arte, página indiscutible en la historia de la arquitectura religiosa, tenía como pocas del mundo, la ventaja indiscutible de ofrecerse a los ojos del espectador en toda la plenitud de su belleza.

Bagrela, contemplándola imponente y airosa en medio de las sombras de la noche, pues el alumbrado de la plaza, aunque intenso, no lograba llevar sus resplandores hasta lo alto de aquel gigante de piedra, pensaba en las bellísimas catedrales españolas, ocultas, como la de Toledo, entre callejuelas, y que había que ir viendo a trozos, fachada por fachada,



sin que la mole total se impusiese desde ninguna parte a la admiración del espectador.

Esta de México ocupaba la misma situación que el famosísimo Duomo de Milán: es decir, avanzaba airosa hacia el centro de la plaza, y dejaba luego que ésta siguiese por sus dos lados con idéntica anchura.

Era como la proa de una nave gigantesca adelantando decidida por el mar.

Jaime quiso verla de cerca, darle la vuelta si ello era posible; siguió por el lado de la capilla del Sagrario, pero al llegar al final hubo de volverse. No era posible dar la vuelta, pues una verja unía el final de la fachada del templo con el edificio del Seminario.

Volvió sobre sus pasos, cruzó ante la verja, cerrada ahora, que guardaba la fachada principal, y la contempló también por el lado de la izquierda, saboreando el sueño tranquilo del hermoso templo en la espesura de las tinieblas nocturnas.

El cuerpo le pedía decididamente callejear, y se entregó al callejeo, que era uno de sus placeres favoritos.

Por la primera calle que vió a su izquierda, torció Bagrela: callejear, sobre todo en una ciudad desconocida, era echarse de lleno en brazos del destino, y aunque en la vida, siempre y por muchas ilusiones que nos hagamos, vamos guiados por esa misteriosa deidad, el que de noche en una ciudad nueva se dedica a recorrer calles sin un plan fijo se arroja



voluntariamente en los brazos que..... de todas maneras, habían de guiarle.

Y en ésta su primera noche de México el destino deparó a Bagrela un encuentro singular.

---









## V

Fué en aquel barrio o rumbo que se extiende a un lado de la plaza de la Constitución y que apenas se aleja de las señoriales calles del Cinco de Mayo y de Tacuba, empieza a convertirse en lo que en cualquier ciudad europea se llamarían los barrios bajos.

México es una ciudad que tiene entre otras la excelente costumbre de ostentar muy claros y muy a la vista, los nombres de sus calles. No hay esquina que no ostente su placa correspondiente, y aquí no es necesario preguntar para saber dónde se encuentra uno en un momento dado.

Gracias a tan agradable disposición, Bagrela iba aprendiendo de un modo práctico la que pudiéramos llamar geografía de la ciudad.

Admiró el alumbrado espléndido de la calle Ta-



cuba y al seguir a lo largo la de Donceles admiró la artística fachada del Teatro Esperanza Iris, dedicando un recuerdo a la gran artista y excelentísima amiga.

Pasó ante la Cámara de Diputados, edificio en chafán, no muy grande, pero de depurada construcción, y siguió por la calle de Bolívar, que era una de las arterias del barrio.

La animación, que disminuía a partir del centro, era ya escasa en aquellos parajes. Un fotingo pasaba raudo de cuando en cuando; si iba vacío el conductor gritaba al pasar por junto a un transeunte:

—Va listo....

Era la manera de ofrecer su carruaje, aunque a primera vista parecía un piropo. Mas no por eso disminuía su marcha; él pasaba, y el que quisiera que picase.

Uno de esos fotingos se detuvo ante Jaime y en la esquina de una calle transversal y amplia que se llamaba de Rayón; esta calle, según supo Bagrela después, era una de las comprendidas en la llamada zona de tolerancia, y en ella moraban unas meretrices de la más baja extracción, pero, por lo mismo, muy interesantes.

Del fotingo se apeó una mujer alta, delgada y con andares de corza: pagó al fotinguero—¿le dió un tostón, o un peso?—y rozando casi a Jaime, siguió su marcha.

Pero al pasar, y por pura curiosidad, miró al pa-



seante al rostro con cierto descaro. Jaime, sin saber por qué ni para qué, echó a andar tras ella.

La mujer pasó a lo largo toda la calle de Rayón; Jaime, aunque solo iba preocupado con la mujer que llevaba delante, que además caminaba muy deprisa, pudo ver un cuadro igual, aunque más reducido, al que ya había contemplado en la calle de Guerrero de Veracruz.

Las hetairas—como las llaman los poetas que no cohabitan,—sentadas a la puerta de sus chamizos, aguardaban al transeunte, bien escaso por cierto y le aludían discretamente al pasar.

—Oiga, lindo.

—Ven acá, chulo.

—Oye, güerito.

Jaime vió al pasar que una de ellas, sentada a la parte interna del portal, rezaba tranquilamente el rosario e interrumpía un avemaría para decirle:

—Ven, papacito.

Bien es verdad que era la noche víspera del Viernes de Dolores.

La dama del fotingo y él llegaron a una calle muy ancha que se llamaba de Santa María la Redonda. Cruzó ella en sentido transversal y al llegar a la esquina de otra más obscura, se paró en seco e hizo cara a su seguidor.

La cosa fué tan rápida que Jaime casi tuvo que echarse a un lado para no dar de bruces con ella.

—Bueno, pero ¿usted por qué me sigue?

Hablaba en castellano, pero con marcadísimo acento francés: vista de cerca, y aunque la luz no



era mucha, Jaime vió que era guapa, y que en su cara sobresalían unos ojos negrísimos que parecían animarlo todo.

—¿Que por qué la sigo?... Pues en verdad que no lo sé.

—¿Usted me conoce? ¿Sabe quién soy yo?

—Señorita, llevo cuatro horas en México.

—¡Mentira! Usted es de la policía y sabe perfectamente con quien está hablando.

Bagrela se echó a reir. Ella creyó ver en aquella risa una confesión.

—¿Ve cómo lo he adivinado?

—Señorita, le aseguro que se equivoca: la he seguido porque es usted guapa, porque me gusta y.... nada más que por eso.

—No, no; usted es de la policía. Pero le advierto que no me importa: si quiere puede venir conmigo a mi casa y verá cómo no tengo nada que tapar.

—¿Dónde vive usted?

—Usted lo sabe demasiado.

—Pero yo....

—Venga conmigo: yo voy caminando por aquella banqueta. Usted puede venir detrás, como puro curiosón que es.

Entre sus palabras mezclaba modismos del pueblo mexicano, que hacían de su hablar un mosaico muy divertido.

Había echado a andar otra vez con ligereza de corza. Jaime siguió tras ella. ¿Dónde le llevaría? La calle estaba solitaria: solo hacia su mitad, y en el



centro de la calzada, se veía en el suelo el farol de un gendarme.

Al cruzar de banqueta a banqueta para seguir a la mujer se fijó en el nombre de la calle: "calle del Degollado," rezaba la placa. ¡Caray! Aquello parecía cosa de película.

Al llegar a una de las esquinas de la calle la hembra se detuvo ante la puerta de una tienda que estaba cerrada, pero por cuyas rendijas salía una luz potente. Jaime se fijó: era una cantina y a más de la puerta, tenía tres huecos a ésta calle.

La dama golpeaba nerviosamente a la puerta.

—Abre, Agustín. Soy yo.

Volviéndose a Jaime le dijo con una sonrisa helada:

—La última vez entraron ustedes aquí a tiros. Ahora no hará falta.

A Bagrela, en un momento, le acudieron a la mente todas las leyendas y consejas que acerca de México circulaban por el mundo entero. Era el país del terror, de los atracos y de los robos; en la misma Habana más de un amigo le había dicho:

—Allí tenga usted mucho cuidado con no alejarse del centro en cuanto den las ocho de la noche. Es muy peligroso.

Ahora eran las once y el centro urbano, dado lo que él había caminado, debía estar a más de un kilómetro de allí. ¡Tendría gracia que la misma noche de su llegada.....!

Pero la curiosidad era en él muy fuerte, y además una protesta instintiva contra aquella leyenda del



México sanguinario parecía alzarse en él. Por el camino, nada había visto que no fuese paz y tranquilidad burguesa; ¿por qué, detrás de aquella puerta, había de esperarle la tragedia?

Y penetró por ella cuando, abierta al fin, le dijo la mujer:

—Pase usted: verá como no tengo nada que tapar.





## VI

Se vió en una cantina igual, poco más o menos, a todas las tabernas y establecimientos de bebidas populares del mundo: un mostrador, una estantería detrás, llena de botellas, unas mesitas y unos asientos ante ellas.

Un hombre joven—debía ser el llamado Agustín—era el único ser humano, por lo menos a la vista, que había a la sazón en el local. No mostró el menor asombro al ver a la pareja: por lo visto tales visitas eran naturalísimas, aun después de cerrada a las once la cantina.

Tan poca importancia le dió a la cosa que ya iba a retirarse por una puerta que había al fondo de la estancia, después de haber dado las buenas noches cuando la mujer le dijo mientras se despojaba del diminuto sombrerito última moda y lo colocaba sobre una de las mesas:



—Mira, Agustín; este señor, que es de la policía, me viene vigilando por la calle, y yo le he hecho que pase para que vea que en casa no hay nada de particular.

El llamado Agustín se volvió, y mirando a Jaime fijamente, pero sin la menor agresividad, dijo, al cabo de un momento:

—Te equivocas, linda; este señor no es de la policía.

—¿Cómo que no?

—Claro que no,—dijo Bagrela,—ya se lo he dicho a usted en la calle.

—Perdónela usted, señor, es que esta mujer ve policías y gendarmes por todas partes.

Y se retiró sin añadir una palabra más.

La verdad era que el tipo de aquel hombre no tenía nada de siniestro: era un muchacho joven de aspecto simpático, bien vestido, casi un fifí.

Al quedarse solos la mujer se acercó a Jaime hasta casi rozarle con su cuerpo, y, sin dejar de mirar con cierto recelo a la puerta por donde había desaparecido el que indudablemente era “su hombre,” le dijo:

—Pero ¿de veras no es usted policía?

—Pero ¿de dónde se ha sacado usted eso, criatura?

—Pues y entonces, ¿por qué caminaba detrás de mí?

Jaime se creyó en el caso de colocar una pregunta que en otro ambiente, acaso hubiera sido una impertinencia.



—Oiga, ¿no la han seguido a usted nunca por la calle más que los policías?

Ella le miró fijamente, echóse a reír e hizo una pirueta sobre una de las piernas que separó sus dos cuerpos.

Bagrela se dió ahora cuenta de que aquella mujer exhalaba un olor especial: mezcla de emanaciones de éter y de esas sustancias preciosas que se emplean para embalsamar los cadáveres. Y, sin embargo, el olor total no resultaba desagradable, más bien se diría que atraía como suele atraer lo enfermizo.

Sentóse ella ante una de las mesas y, con un gesto le invitó a él a hacer lo propio. De pronto, como si hubiese olvidado algo, se puso en pie de un salto y le dijo:

—¿Qué le gusta a usted beber?

—Lo que usted me de.

—¿Cognac?

—Cognac.

Fué a la estantería y volvió en seguida con dos botellas y dos vasos.

Sirvió a Jaime uno de Hennessy: por lo menos el casco era de Hennessy. La botella de que se sirvió ella tenía en la etiqueta un nombre fatídico: Pernod.

—¿Bebe usted de eso?

—Sí, pero muy poco cargado; mire, casi todo es agua.

—No era verdad: la mayor parte del contenido del vaso era aquel licor opalino que hacía las delicias de Verlaine.

De un trago se bebió la mitad.



—¿Usted es francesa?

—De París.

—Y ¿es usted la dueña de esta cantina?

—Sí, señor; aunque me la han querido quitar varias veces, no han podido.

—¿Quién se la ha querido quitar?

—¡Quién ha de ser! Esos: los de la policía.

Por lo visto, era su obsesión.

—Y ese joven que estaba aquí antes, ¿quién es?

—Mi marido..... vamos, mi amigo.

—¿Vive aquí con usted?

—Claro.

Jaime, durante el diálogo, se había fijado en ella más detenidamente: era una mujer guapa, pero se veía que debió serlo más aún.

Y éste debió serlo no se refería a los años, pues era todavía una mujer muy joven; pero una mujer cansada, castigada por la vida.

El pelo y los ojos, eran muy negros: el rostro era blanco, demasiado blanco, con esa blancura lívida de payaso que tienen ciertas epidermis humanas a las que nunca acaricia el sol.

Tenía unas manos muy bonitas y primorosamente cuidadas. Con las dos sujetaba ahora el vaso de la bebida verde, como si temiese que alguien se lo arrebatase.

De pronto empezó a tutear a Jaime.

—¿Qué hacías allí parado cuando yo me apeé del fotingo?

—Nada: iba callejeando.

—Y ¿por qué me seguiste?



—Porque me chocó ver una señora bien vestida, sola a estas horas y por estos parajes.

—Pues yo hubiera jurado que eras de la policía. Bien es verdad que desde que me ocurrió aquello, yo creo ver policías en todas partes.

—¿Aquello?

—Sí, hombre; aquello de mi amante hace tres años.

—¿Y qué cosa fué?

—Vamos, hombre, no me querrás hacer creer que no lo sabes.... Por desgracia, se enteró todo el mundo en el país.

—Pero ¿no le he dicho a usted que yo sólo llevo en el país unas horas?

Ella se le quedó mirando. Después de todo ¿por qué había de mentir aquel hombre?

—¿De dónde eres tú?

—Español.

—¿Cá!

—¿Ah, no?

—Tú eres árabe: se te nota en los ojos.

—Bueno; como tú quieras. Seré árabe; después de todo, se está poniendo el mundo de una manera que lo mismo da ser de una parte que de otra.

—Sí, pero tú eres árabe.

—Bueno, mujer, como quieras. Cuéntame eso de tu marido.

—Pues nada: vivíamos los dos en una casita de la calle de la Misericordia. Yo todavía no tenía este negocio, y una noche, cuando llegó a casa, empecé a reñirle porque me había tenido dos horas esperan-



do para la comida. Nos sentamos los dos en una mesita muy pequeña, así como esta, empezamos a comer y yo seguí haciéndole reproches. Entonces él, sin decir nada, tomó un plato y me lo tiró con fuerza.

—¿Y te hirió?

—A mí no, pero sí a un chamaco, hijo de una vecina que dormía en una camita detrás de nosotros. Yo seguí insultándole cada vez más fuerte: ¡Chulo! ¡Macró! ¡Hijo de la....

—Etcétera, etcétera.

—Entonces él se levantó y vino hacia mí, y yo cuando iba a abrazarme, sin duda para estrangularme, pues..... la verdad es que no sé cómo pasó la cosa. En la mesa había un cuchillo de punta muy afilada, yo lo cogí y.... él mismo se lo clavó en el pecho. Debajo del corazón; me eché sobre él, pues yo no creía que lo había matado, y le pedí que me llamara por mi nombre: pero en vez de hacerlo, lo que salió de sus labios fué un chorrito de sangre, que yo casi recogí en los míos.

La narradora, al terminar, apuró el ajeno que quedaba en su vaso, como si quisiera quitarse el mal gusto de boca que le había dejado aquella sangre.

Jaime tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. ¡Buen argumento de película le había colocado aquella joven! Sin duda para ponerle en ambiente, había creído del caso aterrorizarle un poco.

¡Infeliz! No tenía ella tipo de haber matado a nadie; y aquellas manos blancas y divinamente arregladas, no tenían otras manchas rojas que las del tinte suave con que se había coloreado las uñitas.



Pero él quiso seguir la película hasta el último episodio.

—Bueno, y ¿qué pasó después?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Me pusieron presa, se vió la causa y salí libre a la calle..... Luego puse esta cantina, y aquí estoy.

Nadie había interrumpido aquel diálogo: ni el más leve ruido venía del interior de la casa. De la calle, únicamente de cuando en cuando el ruido de un fotingo que pasaba raudo; el barrio debía estar ya desierto a tales horas.

Cuando Jaime se dispuso a marcharse y quiso pagar el gasto, ella se opuso.

—No debes nada: ¿no ves que ahora no es hora de despacho al público? Cuando vengas otro día ya pagarás.

Salió a despedirle a la puerta y él, medio en broma, le dió un beso en la mano.

.....

A la tarde siguiente, segundo día de la estancia de Jaime en México, estando en la tertulia de un café de la avenida 16 de Septiembre, donde concurría mucha gente de pluma y muchos artistas, se le ocurrió referir su pequeña aventura de la noche anterior.

Como explicara con toda clase de detalles el lugar y el tipo de la dama en cuestión, uno de los tertulianos, le dijo:

—Pues ha conocido usted sin proponérselo, a una de las mujeres más interesantes de México.



—Pero, ¿quién es ella?

—Pues nada menos que la Fuquereau, la célebre Fuquereau. Y esa historia del asesinato del marido, es decir, del amante, que ella le refirió, es rigurosamente exacta. Aquí tiene usted quien puede informarle admirablemente.

El que hablaba había señalado a un señor sentado a la misma mesa, y que había escuchado el relato de Bagrela con una sonrisita en los labios.

—El señor fué el abogado defensor de esa mujer, y el que obtuvo su libertad.

El aludido, de rostro afeitado y abierto en viva simpatía, con amplio chambergo, pelos largos que se le escapaban de él, y una chalina amplísima tenía más tipo de tenor o de pintor, que de abogado. Y era uno de los mejores del foro mexicano.

—Sí, señor, yo la defendí. Es una mujer muy interesante. Algún tiempo después de salir a la calle, me anduvo buscando para matarme, porque decía que yo la había perjudicado mucho con sacarla de la cárcel. Claro que ella no es responsable de nada de eso: la responsable es otra.

—¿Quién?

—La cocaína.

Y Jaime se puso a pensar una verdadera tontería: que la mano blanca que él había besado la noche anterior había matado a un hombre.





## VII

Jaime había traído de la Habana una carta de presentación para el abogado español señor Coutiño, y un día fué a verlo a su casa.

Gozaba fama este señor Coutiño de ser uno de los hombres más ricos de eso que en los países de América se llama la colonia, y que salvo excepciones muy honrosas, no suele ser más que un conglomerado de ricos egoístas o de pobres gentes emigradas que ocultan su miseria con mayor o menor decoro.

La historia de Coutiño—es decir, la parte de ella que conocía todo el mundo en México—no dejaba de ser ejemplar: su hermano había sido sereno en Madrid y cuando, habiendo reunido unos cuartejos y cansado de aguantar la helada en las inclementes noches del invierno madrileño, quiso dejar la plaza, acordóse de que allá en tierras nortañas tenía un hermano, y le hizo venir para en-



tregarle en herencia el chuzo y el farol de su codiciado puesto.

El hermano, o sea este Coutiño de nuestra historia, empezó a prestar servicio, y a los pocos meses, como en una de las casas encomendadas a su custodia se cometiese un atraco nocturno, en el que los atracadores se llevaron hasta el grifo del agua, alguien hizo recaer sospechas sobre el sereno de la calle.... Y el sereno, como pudo se escapó a América y vino a caer en la Ciudad de los Palacios.

Aquí se casó con la hija del dueño de una pulquería que se llamaba—el establecimiento, no el dueño,—“El gorjeo de Moctezuma,”—¡oh los inefables nombres de las pulquerías mexicanas, que tiene catalogados mi amigo “Machín,” el popular redactor de “El Universal”!—Resultó que el dueño de “El gorjeo,” tenía su dinerito y que reventó de una borrachera trágica a poco de casársele la hija.

Coutiño, con el dinero heredado por la mujer no se le ocurrió otra cosa que hacerse bachiller y luego abogado en la Facultad Mexicana. Quería que le llamaran doctor ya que general no podían llamarle, pues era enemigo de toda manifestación belicosa.

Además de eso empezó a emplear dinero en compañías petroleras, en hipotecas y en negocios de usura más o menos velada, y al cabo de los años era millonario y tenía dos hijos. Pepe y Ramiro.

Pepe, de veinticuatro años cuando Jaime Bagrela llegó a México, era el tipo perfecto del fifí, de esa plaga afeminada que padece la ciudad viril y co-



rajuda de Cortés, donde los hombres son más hombres que en ninguna parte del mundo. *(De eso presumo pero...)*

Coutiño acogió a Bagrela con un aire protector que tenía algo de ofensivo, pues son muy pocas las personas que tienen la elegancia de saber proteger sin que en la protección vaya envuelta la ofensa. En cuanto a Pepito, presentado por su padre, al oír que Jaime Bagrela era escritor, hizo una mueca involuntaria de desdén que convirtió su cara en la ampliación de un frijol.

Jaime salió de aquella casa un poco entristecido.

¿Y esta era la gente hispana que se enriquecía en América? ¿Y así, como aquel Pepín, eran los vástagos y retoños que producía? ¡Puros fifís, buenos para exhibirse como en una vitrina por las mañanas, de doce a una en la acera de la derecha de Plateros!

Menos mal que el menor de los Coutiño no era así, sino todo lo contrario. Ramiro, muy joven aún estudiaba el segundo año de Medicina, y, desde el primer momento, simpatizó con Bagrela, tanto que al salir a despedirle a la escalera misma de la casa paterna, le dijo:

—Si no tiene nada que hacer, ¿quiere pasar esta noche a las ocho por Pigall's? Tomaremos el aperitivo, y después nos iremos por ahí a ver unas cuantas cosas.

—¿Pigall's? ¿Dónde está eso?

—Es un restaurant nuevo que han abierto en Bolívar, entre 16 de Septiembre y Tacuba. Hoy día es el sitio más simpático de México.



A las ocho y cinco llegaba Bagrela a la puerta del Pigall's. Dentro, sentado a una mesa le esperaba con puntualidad sajona Ramiro Coutiño; Manolito, el simpático dueño del local, conversaba con él.

Pigall's era, sencillamente, ese sitio acogedor y amable que hay en el corazón de todas las grandes ciudades, donde la gente entra para descansar del bullicio de la calle y donde todo acaricia, y el espíritu se reposa en los menores detalles.

Era alegre, pero sin algarabía; iluminado con esplendidez, y decorado con esa sobria elegancia en que son maestros indiscutibles los franceses. No en vano Manolito había hecho en la divina Francia su aprendizaje de "restaurateur."

Nada había en Pigall's que trascendiera a yanqui, no había en él la menor concesión a esa ordinariez dinámica y pesada con que la América del Norte lleva camino de asfixiar al mundo. Allí se comía y se bebía a la francesa y a la mexicana que son, cada una a su modo, dos muy sabias maneras de comer y de beber.

Pigall's era el punto de reunión de la gente bien de México: entendiendo por gente bien, no los fifís presumidos que confunden la mostaza con la vaselina, sino los artistas, los escritores, las actrices famosas.... gente toda que se bañaba a diario y conocía todos los prismas de la vida.

Entre aquellas paredes, cuyo mejor adorno eran unos dibujos del mexicano Cabral, el mago de la caricatura, presidía una tertulia a la hora de salida de los teatros, María Conesa, la mimada gatita de oro.



Y el lector, que sabe perfectamente lo que el nombre de María Conesa quiere decir en México, comprenderá que si la soberana del buen gusto había elegido Pigall's como su sitio de reunión, sus razones tendría para ello.

—Lo notable de ésta casa,—decía Ramiro a Jaime,—es que todo ese crédito y esa aureola es obra de muy pocos meses. Generalmente estos que podríamos llamar cafés literarios, empleando una frase de París, hacen su fama y su clientela poco a poco: aquí no: aquí fué llegar, ver y vencer.

Jaime le oía y pensaba que acaso una explicación satisfactoria de tan rápido éxito estuviese en la sonrisa del dueño. Manolito sonreía siempre, pero no con esa sonrisa empalagosa del que adula al cliente, pensando cómo le clavará mejor la puñalada trapera de la cuenta, si no con la sonrisa cordial del que en todo el que entra en el local ve un amigo que ayuda a levantar los gastos del negocio.

Manolito había trabajado en uno de los hoteles más suntuosos del mundo: el Palais de Biarritz. Cuando el Rey de España, Alfonso XIII, era huésped de la casa, Manolito era el encargado de atender su mesa, y ello le había permitido ver de cerca—¡si él quisiera hablar!—no al Soberano de pompa oficial y de protocolo, sino..... al otro, al hombre galante. ¡Y aquello sí que tenía que ver!

Sin duda de aquella su época de servidor de un rey, a Manolito, el as de los “maitres,” le había quedado la costumbre de tratar a todos sus clientes como reyes.



Porque corría de mesa en mesa adivinando el menor deseo del parroquiano: daba consejos atinados siempre, hacía menús, elegía platos y rara era la vez en que una copa de licor, un vaso de buen vino o un postre exquisito, no llegaba al cliente como regalo suplementario del dueño de la casa.

—¿Qué va usted a tomar?—preguntó Ramiro a Bagrela.

—No; permítame que yo tome la iniciativa: Manolo, haz que nos traigan dos habaneros Berretteaga del añejo.

—¿Y eso qué es?—preguntó intrigado Jaime.

—Eso es sencillamente la bebida mejor de México, y que perdone el pulque.





## VIII

No uno, tres berreteagas consumieron los dos amigos, casi sin darse cuenta.

A Jaime Bagrela le encantó la bebida: aparte el color, que era ámbar puro, el sabor era cosa deliciosa: sin la aspereza del cognac, tenía el excitante del aguardiente, y el gusto aterciopelado de los licores fabricados por manos frailunas, en su infinita variedad de benedictino, chartreuse, etc., etc.

Jaime presumía que durante su estancia en México, iba a consumir algunas botellas de aquel néctar, y agradecía a Ramiro que le hubiera puesto en relación con él, como se agradece la presentación de una persona simpática y servicial.

Salieron a la calle, despedidos por una nueva sonrisa de Manolito y el joven Coutiño dijo a su amigo:

—¿A usted le gusta caminar? ¿O prefiere que to-



memos un fotingo? Le advierto que vamos un poco lejos.

—No me importa: a estas horas de la noche, y en una ciudad como México, que no la conozco aún casi, prefiero ir a pie.

—Pues andando.

Pasaron muy pronto del bullicio del centro, que podía decirse giraba alrededor de una cruz formada por Madero y Bolívar. En ésta los anuncios y los raudales de luz que salían de los teatros y cines eran como la risa franca de la calle.

Los amigos siguieron en línea recta.

—Vamos hacia lugares de perdición—dijo Ramiro—pero le advierto que yo, sin querérmelas dar de virtuoso, a pesar de mi condición de estudiante, y de medicina, que es como ser dos veces estudiante, casi siempre que voy a esos lugares voy como simple espectador.

—Pues como espectadores iremos los dos.

Jaime se iba fijando en los nombres de las calles que cruzaban la de Bolívar: esto de los nombres, como los de las personas, no es cosa accidental y postiza como a primera vista pudiera pensarse. Capuchinas, Uruguay, S. Miguel... A veces un nombre basta para dar fisonomía a una calle.

Al pasar se veían parajes deliciosos. Aquella placita con la iglesia medio en ruinas, dormida para siempre en el silencio de la noche, como ciertos rincones de Toledo: aquel callejón donde parecía que el mundo se acababa: aquella pulquería llena de humo y de gentes con sombreros amplísimos que pa-

Hoy, Venustiano  
Carranza



recían no caber en el local..... México evocaba a veces a Roma, la Roma de los Borgos vaticanos, preñada de historia, y otras a París, con la amplitud de sus perspectivas; algunas, muy pocas, a Buenos Aires.

Pero la idea que a Bagrela perseguía como una obsesión desde que había llegado, era la de la tranquilidad de la ciudad. Estaban ya muy lejos del centro: la mayoría de las calles, sobre todo de las transversales, aparecían desiertas y propicias a cualquier intento criminoso: eran las once de la noche y, sin embargo, la confirmación de la leyenda no aparecía por ninguna parte.

Sería que él había llegado en una época de gran tranquilidad, mas era lo cierto que, en sus paseos de noctámbulo, aún no había tenido el menor tropiezo.

Las gentes que informaban de sus viajes parece que tenían una coquetería especial en hacer ver que ellos habían vivido durante una temporada rodeados de peligros espantosos y que, gracias a su valor personal, habían salido ilesos. Así, todo viajero que volvía de México, sobre todo si era a Europa donde volvía, ponía un empeño marcadísimo en dibujar el siguiente cuadro: un país donde todo el mundo incluso sacerdotes y amas de cría llevaba su revólver al cinto: las discusiones acababan siempre a tiros, y si usted se alejaba después de las ocho de la noche, dos cuadras más allá de la avenida Madero, volvía a su casa sin dinero, sin reloj, y probablemente en calzoncillos si los pantalones que usted llevaba valían la



pena. Eso si salvaba usted la pelleja, que también era problemático.

¿Estos disparates tuvieron alguna vez en México atisbos y fundamentos de verdad? A creer a los propios mexicanos, sí. Pero entonces—concluía Bagrela—había que convenir en que el pueblo mexicano, volviendo a la razón, había realizado en poco tiempo un progreso formidable.

En cada cruce de calles había un gendarme con su rifle y su farol: para mantener el orden y también un poco la leyenda. Porque al verlos tan aparatosamente armados, los papanatas que venían de fuera solían decir:

—¿Eh? ¿Qué tal? Los simples policías tienen que ir armados como si fueran a la guerra.

Pero, por lo que fuera, el caso es que la guerra no se presentaba por ninguna parte.

A la puerta de un hotel muy pequeño y de aspecto más que dudoso, que anunciaba su nombre con un farol color de sangre, había una mujer con el pelo suelto por la espalda: mucho de esto se veía por México todavía, y la cosa no estaba mal como contraste en una época en que la moda de la mujer era llevar el pelo cortado a la altura de la oreja.

¿Qué pensarían de esa moda las indias, más o menos urbanas, que llevaban al aire la mata de sus cabellos negrísimos, como un tributo a la naturaleza?

—¿Ve usted esa calle amplia que cruza ahí? Esa es la célebre calle de Cuauhtemotzín.

—El nombre es puro azteca.

(Hoy Jerón  
Serrano)



—Completamente: y la calle también—dijo Ramiro riendo.

—¿Acaso estamos en plena zona de tolerancia?

—¡Caray!, parece que usted lo olfateó.

—Pues ¡quién sabe!—dijo Bagrela, que adoraba esta expresión mexicana que tantas cosas quería decir, aunque al parecer no dijese ninguna.

Entraron en una calle que a Jaime recordó la de Guerrero de Veracruz. La cosa era la misma: las infelices mujeres sentadas a la puerta de sus casas, dejando ver el interior limpio de estas, y esperando al parroquiano, que para ellas caería como llovido del cielo.

Jaime se fijó en una que, dado su perfil, indudablemente debía ser judía. Guapa, de ojos grandes, iba vestida como la Magdalena del cuarto acto de “Rigoletto;” el mismo pañuelo rojo ceñido a la cadera, el mismo corpiño blanco despechugado para que se viera lo que había debajo, que era mucho y bueno, la misma falda corta y el mismo collar de grandes monedas áureas.

Bagrela se quedó poco menos que extático ante ella, y ella, sentada en el borde de la cama, se le quedó también mirando fijamente, pero con cierta altivez, y sin invitarle a entrar como hacían al pasar casi todas sus vecinas.

Ramiro, viendo que Jaime no se movía y hasta tarareaba entre dientes el “Bella figlia del amore,” de la ópera inmortal, se creyó en el caso de decirle mientras le daba con el codo:



—Vamos, que ahí actuaría usted de algo más que de espectador.

Y Bagrela, como si volviera en sí repitió:

—Pues..... ¡quién sabe!





## IX

Jaime Bagrela había tenido suerte en México. Desde el primer momento cayó en las manos—mejor diríamos en los brazos—de tres caballeros, que para él fueron las tres personas de la Santísima Trinidad; eran ellos Ramiro Galán, el ingeniero Gelmírez, y un individuo de apellido polaco, llamado Echunkosqui, pero que era más mexicano que el palacio de Chapultepec.

Periodistas los tres se congregaban a diario en la redacción del mejor periódico taurino de México..... y del mundo entero, y allí se trabajaba de firme, pero también se hacían otras cosas igualmente sustanciosas, como beber habanero berreteaga, dar lecciones de toreo con una silla y confeccionar unos chistes—estos casi todos a cargo de Gelmírez—de un carácter tan pésimo, que si se hacen en una boda, se divorcian los recién casados.

"El universal  
Taurino"



*Rafael Solana (Padre) alias "Verdugillo"*

Rafael Galán, cuyo apodo periodístico era "Capotillo" era un hombre ancho, sin llegar a obeso, de cara risueña y de andares jacarandosos que no hubieran desmerecido en la calle de las Sierpes de Sevilla. En materia de toros era una autoridad indiscutible, y además se sabía de memoria "El Pobre Valbuena," que según él, era la obra más grande que había producido el teatro español, después de "El Alcalde de Zalamea."

Gelmírez, era un auténtico ingeniero español que había venido a México a dirigir unas minas en uno de los Estados del Norte, y por fin cansado de tratar con pedruscos se había venido a la capital y aquí vivía, haciendo periodismo, versos, comedias y chistes malos.

Echunskosqui, a más de chico de la prensa, era agente de publicidad. Su habilidad para pescar anuncios era tanta que anunciaba hasta las erupciones de los dos volcanes del macizo montañoso mexicano, y aunque el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl no le pagaban el anuncio, él los consideraba como a dos de sus mejores clientes.

Tenía una habilidad especial para detener en seco las impertinencias de los comerciantes que, al relacionarse con un agente de publicidad creían haberse las con un mendigo que venía a solicitar una limosna; él les hacía ver que entre el que inserta el anuncio y el que lo paga el favorecido, y por tanto el que tenía que dar las gracias, era siempre este último.

Y una buena mañana a estos tres anabaptistas,



se les ocurrió la feliz idea de invitar a Bagrela a una excursión a Xochimilco.

Xochimilco era el paraíso terrenal a las puertas de México. Una hora de automóvil se empleaba en llegar al bosque en cuyo centro estaba el gran embarcadero. Alguien había llamado a Xochimilco la Venecia de América, y eso era en efecto: una Venecia en la que las casas y los palacios hubieran sido sustituidos por verjeles y macizos de flores.

El que podríamos llamar el gran canal, se bifurcaba, como en la otra Venecia, en mil ramales distintos, todos los cuales podían recorrerse en barca o en aquellas modernas canoas automóviles, en una de las cuales tomaron plaza Jaime y sus amigos.

El día era de una belleza ideal: todo era azul y verde en el paisaje, no hacía frío ni calor, como era corriente en México y aquella luz de un tamizado especial,—como solo se halla igual en Biarritz y en Sevilla,—era el adorno principal del cuadro.

A la salida del embarcadero se veían a derecha e izquierda, en la misma orilla, unos restaurants elegantes que tenían su jazband y todo: se pasaba después bajo un puentecillo rústico, y por fin era la soledad del campo, de un campo donde no había más que flores y corrientes de agua azul.

—Esto, en una noche de luna, debe ser estupendo —afirmó Bagrela.

Y “Capotillo,” cuyo rostro de fraile torero sonreía aún más en la amplitud del campo, afirmó zumbón:



—De noche, ni con luna ni sin ella, no hay quien venga por aquí.

—¿Por qué?

—Porque las diosas aztecas de estas aguas salen a la superficie, y le pegan a uno cada susto....

Gelmírez intervino.

—Y claro, como son aztecas, pues hazte cargo que no es prudente luchar con ellas.

¡Fusilable!

Lo más curioso acaso de Xochimilco eran los habitantes de aquel reino de las aguas: porque la tierra comprendida entre la red infinita de canales, estaba habitada, aunque no muy densamente.

De cuando en cuando se asomaban tímidamente a las orillas unos rapaces, o unas familias enteras en las que predominaban las mujeres: eran indios, indios puros, en los que la civilización, afortunadamente, no había borrado ni siquiera el gesto noble de la raza. Aunque vestían poco más o menos como las gentes del pueblo bajo de la capital, solo iban a ésta muy de tarde en tarde, y todo lo que sabían de los esplendores urbanos era lo que les llegaba por las aguas de los canales en forma de excursionistas, más o menos exóticos y bulliciosos.

Muy frecuente era cruzarse con una embarcación pequeña y delgadísima, una especie de piragua, en la cual un indio o una india joven, sentados casi al nivel del agua, ofrecían a los visitantes fruta, golosinas culinarias y flores, bellísimas y gigantescoas flores. Las transacciones se hacían de embarca-



ción a embarcación, y el puesto ambulante seguía su ruta.

A veces, y a la vista de cualquier aparato fotográfico enarbolado por un algún viajero, la familia que había salido a la orilla huía toda entera, o se volvía de espaldas al objetivo, como diciéndole al fotógrafo aficionado:

—Si quieres retratarnos, retrata la parte más in-noble de nuestras personas.

Una canoa de las mayores, procedente de uno de los canales laterales, vino a cruzarse con la de Bagrela y sus amigos. Dentro de ella, muy amartelados y como ensimismados, iban un caballero y una señora. El indio que manejaba los remos prescindía en absoluto de aquel idilio que se desarrollaba delante de sus propias narices.

Jaime se fijó al pasar: el galán era Pepito Coutiño, el fifí hermano de Ramiro: le vió, pero se hizo el desentendido. Bagrela se lo agradeció mucho.

En cuanto a la dama.... Rafael Galán y Echunskosqui se quedaron asombrados.

—Oye, ¿pero no es la mujer de Prieto?

—Pues claro que es.

—¡Qué atrocidad! ¡Y hay que ver con quién ha ido a caer! ¡Con ese fifí tísico!

Jaime no creyó prudente indagar. Tampoco le interesaba mucho la cosa: le interesaba mucho más la belleza del cielo, el encanto supremo de la mañana cercana ya al mediodía, y el gris azulado de las montañas que, como un circo, cerraban el paisaje por



doquier, figurando como último término de la línea poética de todos los canales.

¡Xochimilco, tierra de ensueño, donde los sueños se tornan realidades, entre un derroche de luz y de flores!





## X

—Donde vamos esta noche, sí que va usted forzosamente a actuar de espectador.

Así decía a Jaime Ramiro Coutiño, mientras después de haber tomado el café en Pagill's el elegante y mundano restaurant de la calle de Bolívar, seguían por Madero en dirección al Zócalo, que era como llamaban los mexicanos a la plaza de la Constitución.

Bagrela tenía la buena costumbre de no preguntar nunca a su amigo dónde iban: simplemente se dejaba guiar por él, y así, en la sorpresa del camino y de su final había un encanto mayor.

Pasaron bajo los soportales de la casa Ayuntamiento. Jaime no pasaba una sola vez por la histórica plaza que no se detuviese a admirar su belleza grandiosa. Nada había más airoso que aquella catedral adelantándose hacia el centro del recinto, co-



mo hembra que quiere lucir bien el garbo de su figura.

Doblaron por Pino Suárez y siguieron calle abajo.

Eran las nueve de la noche, y el barrio popularísimo hervía de animación; muchos comercios permanecían aún abiertos y Bagrela pudo comprobar una vez más algo que en México le había llamado la atención desde el primer momento: y era, que, como en ninguna otra población, en las calles más populares, en los que podríamos llamar propiamente los dominios del pueblo, surgía a lo mejor una tienda lujosísima, un comercio pleno de elegancias, como podría serlo el que más de ello presumiera en Madero o en el 16 de Septiembre.

El derroche de luz de un cine popular, el de Rialto, se anunció a lo lejos; formaba esquina y por ella siguieron los amigos.

Estaban en la calle de San Miguel que, al pasar las luces del Rialto, quedaba bastante obscura. En una plazoleta se alzaba una iglesia antigua que tenía a su espalda un jardín de leyenda: el conjunto de templo y verjel era digno de "El estudiante de Salamanca," o de cualquier otra conseja romántica.

Estaban arreglando el pavimento de la calle y había a lo largo de toda ella un gran montón de tierra, como una trinchera: ello contribuía a que suprimido casi en absoluto el tránsito, la soledad del paraje fuera mayor.

Casi frente a la iglesia abría un callejón lóbrego y obscuro que tenía un nombre medioeval y piadoso: se llamaba callejón del Ave María.



Ramiro y Jaime entraron en él: al fondo se veían moverse unas sombras: eran mujeres públicas de más baja condición que las de Cuauhtemotzín y también de tarifa más reducida: el tostón era allí la unidad monetaria.

El joven Coutiño fué a una casa de apariencia modestísima, que tenía una puerta y un balcón al lado todo al mismo nivel: ante la puerta había un escalón.

Golpeó en la madera con la mano.

—Matilde.... Matilde....

La llamada cayó en el vacío y Ramiro la reiteró al cabo de unos momentos. El resultado fué el mismo.

De la casa no salía luz ni ruido alguno.

—A que va a ser verdad lo que vienen diciendo hace días....

—¿Qué cosa dicen?

—Que esta mujer ha muerto en el manicomio.

—En ese caso, como Carlos V en Aquisgrán, estamos llamando en la piedra de una tumba.

—Pues hombre, ¿quién sabe!.... Matilde.... Matilde....

Ahora sí: una voz lejana que parecía salir en efecto, de lo hondo de un sepulcro, contestó:

—¿Quién es?

—Buena gente. Abrenos.

La interesada debía haberse acercado, porque su voz resonó casi detrás de la puerta:

—¿Cuántos sois?

—Dos.



—¿Dos docenas?

—Abre, mujer, y lo verás.

—Voy allá.

Ramiro, en la espera, se volvió a Jaime y le dijo:

—Usted va a conocer a una mujer interesantísima.

—¿Y está ahí sola?

—Ahora sí, por milagro. En México es una institución.

Pero la puerta no se abría. Oíase detrás del balcón un tenue ruidillo de agua que se agita.

—¡Matilde! O abres o nos vamos.

—Voy hombre, voy. ¡Qué fuerte vienes!

Se encendió una luz dentro de la casa: oyóse descorrer una cerradura y abrióse una hoja de la puerta.

—Pasad.

Ramiro y Jaime se vieron en un vestíbulo reducidísimo a cuyo fondo había una cortina blanca que no llegaba hasta el techo. En la puerta de una habitación contigua estaba la mujer que les había abierto la puerta.

No se necesitaba ser muy lince para comprender mirándola, que aquella mujer, en época aun no muy lejana, debió haber sido una bella hembra. Ahora ya era solo un recuerdo, pero, físicamente, conservaba ese prestigio que conservan los recuerdos y esa huella que deja la hermosura aun cuando ya es ida.

Tenía a la vista dos cosas francamente bellas aún: el pelo y la boca. El pelo era rubio oro: puede que fuera pintado, pero esa circunstancia no restaba



nada a su indudable hermosura; lo llevaba suelto por los hombros y ondulado a la perfección. La boca era perfecta, de curva graciosa de labios finos y plegados en una mueca burlona de mujer que ha saboreado con ellos muchos frutos.

—¿Cómo es que estás sola?—le preguntó Ramiro.

—Pues hijo, porque ya estaba cansada, y desde hace un rato no he querido abrir a nadie.

—¡La Matildona cansada! ¡Es inverosímil!

—Pues ya ves..... Es que empecé a las cuatro y media de la tarde.

—¿Cuántos has hecho hoy?

—¡Vamos! ¡Me vas a preguntar a mí eso?..... ¡Yo qué sé! ¡Pues mira, que si me entretuviera en contarlos!..... Pero pasad aquí.

Dió luz a la habitación que con el vestíbulo, era la única de la casa. Se trataba de una alcoba: una cama amplia, una cómoda, dos armarios, algunas sillas, y una gran abundancia de recipientes llenos de agua.

Como Jaime no hubiera despegado los labios preguntó ella a Ramiro:

—¿Es yanqui este amigo tuyo?

Y musitó unas frases en inglés.

—No, señora.

—¿Mexicano?

—Tampoco.

—Aquí donde usted la ve, es políglota: habla francés e inglés.

—No digas eso: un poquito nada más de cada



cosa; para entenderse con los parroquianos, porque si no, no se puede vender la mercancía.

—Oye ¿y por qué se ha dicho por ahí que te habías muerto?

—Cosas de los periodistas. De cuando en cuando dicen eso: unas veces que me han encerrado en el manicomio, y otras que me he muerto.

—Ahora se han dicho las dos cosas; que te habías muerto en el manicomio.

—Y también que un chófer me había dado una puñalada. Pues ya ves..... Lo que he estado ha sido dos días en el bote.

—¿Ah, sí?

—Digo: yo y doscientas mujeres más. Había que ver a todas en la Comisaría: apenas cabíamos.

—¿Y por qué os cogieron?

—Se presentó aquí un policía diciendo que iban a cerrar todas las casas: yo le dije: muy bien, señor, dependo del Gobierno y yo no puedo oponerme a eso. Y me llevaron.

—¿Y cómo estás aquí otra vez?

—Porque nos han dado hoy mismo un plazo de seis meses para mudarnos a la colonia de la Bolsa: parece que se han convencido de que México no puede estar sin nosotras, y el Gobierno se va a gastar una porción de pesos en arreglarnos un barrio para nosotras solas: porque en la colonia de la Bolsa no nos quieren; a las primeras mujeres que han ido por allí a buscar casa las han recibido a tiros y a pedradas.



De cuando en cuando y mientras ella hablaba sonaba una llamada en el balcón o en la puerta.

—Matilde, abre.

Ella contestaba mecánicamente:

—Ya voy.

Pero lo cierto era que no se movía.

A veces la llamada se formulaba en inglés, y en inglés contestaba ella también. Pero ni en el idioma de Sakespeare ni en ruso, acudía a abrir la indina.

—¿Por qué no abres, mujer? ¿No ves que todo ese es dinero que tiras a la calle?

—Déjalo. Todos los días me pasa lo mismo. ¡Si fuera una a abrir a todo el que llama!

—Y entonces, ¿por qué nos has abierto a nosotros?

—¿Qué sé yo! Porque os habéis puesto pesados.

Volvieron a tocar a la puerta.

—Anda mujer, abre. Si no vas a dar lugar a que nos vayamos para no estorbarte,—dijo Ramiro.

De mala gana fué y abrió la puerta: el que fuera penetró, y las maderas volvieron a cerrarse. Sin moverse de la misma entrada ella y él comenzaron un cuchicheo: no había luz en toda la casa, pues Matilde había tenido buen cuidado de apagar las de las dos piezas antes de abrir.

Poco a poco el cuchicheo de Matilde y su nuevo huésped se fué tornando más expresivo, y al fin vinieron hasta los oídos de Ramiro y Jaime señales evidentes de que aquella pareja reproducía una vez más allí mismo, de pie, el idilio carnal que tanta fa-



ma ha dado a nuestros primeros padres, Adán y Eva.

Eran relinchos, suspiros entrecortados: toda la lira.

En la obscuridad Ramiro se acercó a Jaime para decirle en voz muy baja:

—No le choque a usted: en esta casa, siempre ocurre así.

—No solo no me choca, sino que estoy encantado: siempre es grato contemplar de cerca aquello que llamó el poeta la bestialidad humana en todo su candor.

—Ah, pues hoy no es mucho. Otras veces, mientras tiene uno aquí, tiene otro detrás de esa cortina, y otro en la puerta como ahora. Ha llegado a contentar a cinco a un tiempo.

—Y ¿quién nos garantiza, querido Ramiro, que ahora no habrá alguno detrás de esa cortina?

Como si las palabras de Jaime hubieran sido una evocación, estalló, detrás de la cortinita blanca precisamente, un estornudo tan formidable que repercutió por todo el rumbo.

—¡Ya voy, hijo!—replicó melosa Matilde como si aquello fuera una llamada de uno que perdía la paciencia.

Había terminado con el de la puerta: se oyó una despedida tierna y el tintineo de una moneda. En la casa sin luz la mujer anduvo unos pasos y se refugió detrás de la cortina, con el del estornudo.

—No me negará usted—dijo Jaime—que esta es una mujer de un dinamismo extraordinario.



—Eso sí.

—Si todos en el ejercicio de nuestra profesión, rindiéramos la cantidad de trabajo que rinde ella, el mundo marcharía como una seda.

El de la cortina era, por la visto, hombre de más amplio programa que el de la puerta, porque las señales inequívocas de sus sucesivas manifestaciones fueron de una gran variedad.

—¡Bien cumple con ese nuestra amiga!—dijo Jaime.

—Sí, pero el goce mayor se lo ha proporcionado antes.

—¿Cuándo?

—El rato que lo ha tenido esperando detrás de la cortina. ¿Usted cree que esta mujer es tonta? Ella sabe muy bien que a la mayoría de los hombres les gusta ver cómo..... trabajan los demás al llegar ciertos momentos. Esa cortina tiene un agujerito, y por él, aunque no haya luz en la casa con sólo el reflejo que viene de la calle, se ve todo lo que pasa en el vestíbulo.

—¡Ah, picarona!

Pero la picarona volvía después de haber despachado al del estornudo. Esta vez no encendió la luz de la alcoba.

—¡Ay, hijos! Esto no es vida. Yo tengo ya unas ganas que se acabe.... Y luego ésta policía que no la deja a una vivir....

Jaime notó que una mano experta iniciaba en su..... psiquis ciertos escarceos. En su palabras la mujer no aludía lo más mínimo el acto que estaba



ejecutando: seguía hablando hasta que llegó un momento en que forzosamente tuvo que callarse por..... caso de fuerza mayor.

¡Qué bárbara! ¡Qué maestra! ¡Y cómo se comprendía la cola que había siempre ante su puerta!

Al salir los dos amigos a la calle, Matilde les hizo una especie de biombo con sus propias ropas para que no les viese las caras un sujeto que entraba por el otro lado de la puerta. Porque ¡eso sí! ella ponía un empeño especial en que dentro de su domicilio no se vieran la cara los parroquianos. Para eso estaban las cortinas, los apagones de luz y demás recursos.

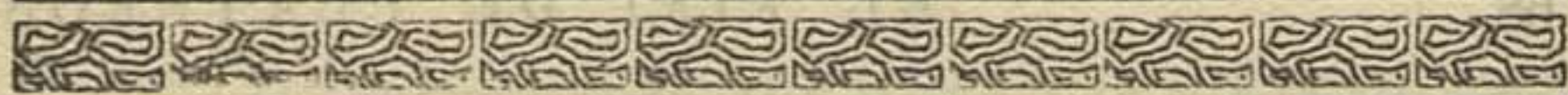
Ya en la calle, Jaime preguntó a Ramiro:

—Bueno y, mientras esta mujer me..... vampiraba, ¿usted qué hacía?

—No se ocupe de eso: como usted mismo ha dicho antes, esta mujer es muy dinámica.

---





## XI

Aquel buen domingo a las dos de la tarde, el ingeniero Gelmírez vino a buscar a Jaime Bagrela al hotel para llevarle a los toros.

La cosa valía la pena pues en aquella tarde se despedía para siempre del público mexicano y de todos los públicos, el gran indio Rodolfo Gaona.

Desde muchos días antes, la ciudad entera estaba revolucionada por el acontecimiento: las barreras de sombra se cotizaban a cien pesos y a ese tenor el resto de las localidades de la plaza. A Bagrela, la cosa le resultaba más barata gracias a la amabilidad de Rafael Galán "Capotillo."

Jaime, que fué antaño un bueno y asíduo aficionado, no había visto una corrida de toros desde que la estupidez de la suerte quitó para siempre de los ruedos a aquella gran figura del toreo que se llamó Joselito.



Y ahora rompía el luto que desde entonces guardara para ver cómo se iba de los toros,—aunque éste felizmente por su pie y por las buenas—otra cumbre del arte de Montes.

Para Jaime, Rodolfo Gaona, era todo el recuerdo de su juventud: aquellos veinte años de torero que el indio llevaba al retirarse como blasón para su escudo, eran los veinte años madrileños y estudiantiles de Bagrela, la época de sus luchas y de sus triunfos en aquel Madrid de su alma, que hoy día cuatro beatas más o menos coronadas y cuatro acémilas policiacas habían convertido en la tierra más triste del mundo.

No era el indio solamente el que se retiraba en esta tarde.....

Su popularidad en México era tan grande como la de otros dos seres: divino el uno y humano el otro: la Virgen de Guadalupe y María Conesa..... aunque esta última también tenía mucho de divina.

Cuando Gelmírez y Jaime llegaron a la plaza de El Toreo, faltaba casi una hora para que empezase la corrida: sin embargo, el inmenso circo, en el que cabían muy cerca de cuarenta mil espectadores, estaba lleno ya.

En el centro del ruedo había un colosal anuncio del “Berreteaga,” obra caprichosa de escenografía, en la que triunfaba una gigantesca botella del exquisito licor. Esto, y el campanario de la iglesia de León, pueblo natal de Rodolfo, colocado en el tejado de la plaza, y cuyas campanas estuvieron tocando a gloria casi toda la corrida, fueron las dos notas supremas



del cuadro maravilloso que ofrecía la plaza en esta tarde de despedida.

Empezó a llover, al principio con timidez, después con fuerza y persistencia molesta. Hasta se corrió la voz de que la corrida iba a suspenderse.....

Pero entonces se vió el primer milagro de la tarde: a la hora en punto de la salida de las cuadrillas ni minuto más ni minuto menos, la lluvia cesó como si alguien hubiera dado una orden inapelable, y ya no volvió a molestar en toda la tarde.

En la corrida hubo muchos momentos de suprema emoción: Gaona brindó su primer toro al General Alvarez, el jefe del Estado Mayor del Presidente de la República, aquel hombre caballeroso y simpático hasta dejárselo de sobra, que era uno de los grandes prestigios de México. ¡Bien había sabido elegir su brindis el indio! Cuando el General, sombrero en mano, escuchaba las palabras de dedicación del torero, corrió por la plaza una cálida onda de simpatía hacia los dos.

Gaona fué en esta tarde lo que había sido en toda su vida torera; el torero elegante y artista por excelencia. El, como Antonio Fuentes, su compañero de tantas jornadas gloriosas, habían borrado a fuerza de buen gusto lo que en la fiesta de toros pueda haber de ordinario y de bárbaro. Y esto lo han hecho muy pocos toreros, aun de los grandes.

Otro momento de emoción de la tarde, fué cuando el estoque despedido por el toro, vino a dar la cabeza de Rodalito, el pundonoroso muchacho y buen torero, que alternando con Gaona en esta tarde de



apoteósis, supo quedar muy bien ¡que ya es decir!

Pero el instante supremo, el que llevó muchas lágrimas a muchos ojos, más aún que el de la salida del ídolo de la plaza despachado ya su último toro, fué aquel en que colocándose en el centro del redondel, armado de muleta y estoque, fué girando lentamente, muy lentamente sobre sus talones, y saludando montera en mano a todo el público.

¡Brindis supremo! ¡Solemne y grave despedida! Último capítulo de la vida de un gran artista que él mismo cierra voluntariamente. Rodolfo Gaona giraba sobre sí mismo, muy despacio, como si quisiera retardar aquel adiós.

Había una gran amargura en todo aquello. La mano que iba dando la vuelta en el aire muy despacio, iba borrando al pasar tantas cosas.

Y después, cuando la banda de música comenzó a tocar la canción de despedida. “La Golondrina,” se vió a un pueblo entero, puesto de pie en sus asientos, decir adiós a su ídolo, aclamarlo delirante por última vez, como si fuese así mismo a quien se lo decía.

Jaime Bagrela había visto el debut de Rodolfo Gaona en la plaza de Madrid, había seguido paso a paso sus luchas, sus triunfos, sus apoteósis, sus amarguras, porque la envidia había mordido en el indio como muerde en todo el que se destaca, y en él acaso con más saña, con más crueldad. Durante muchos años de juventud y de confianza en la vida, había saboreado desde su tendido del nueve de la plaza



madrileña, el arte supremo del califa de León, su elegancia, su maestría.

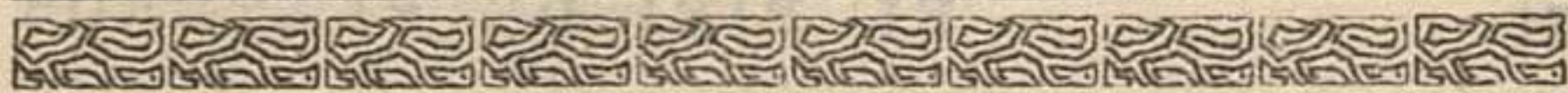
Ahora también le decía adiós. Aquello ya no volvería más. En esta tarde mexicana del mes de Abril, no era solamente Rodolfo Gaona el que se despedía.

---









## XII

Pepito Coutiño, cumpliendo con su deber de perfecto “fifí,” estaba aquella tarde al filo de la una plantado en la banqueta de la calle Plateros—hoy Avenida Madero—muy cerca del comienzo de ella, por la parte de la Avenida Juárez.

¿Qué hacía allí? ¿Esperaba a alguien? ¿Hacía tiempo para ir a alguna parte? No. Simplemente se dejaba ver y admirar.

Era su papel. A la hora del paseo lento de los autos, en los que se veían muchachas muy bonitas, y alguna que otra jamona completamente aprovechable, el “fifí” había de estar allí, no podía estar en otro sitio de la ciudad.

Al principio Pepito estuvo solo, pero bien pronto se le agregaron cuatro o cinco de su misma cuerda. Eran todos iguales, todos cortados por el



mismo patrón, como si en la ausencia de todo esfuerzo mental, aquellos cerebros no quisieran hacer ni siquiera el necesario para variar de indumentaria.

Uno de ellos, hijo de un banquero de la calle de Isabel la Católica, dijo a Pepito, a modo de saludo:

—Sea enhorabuena.

—¿Pues por qué?

—Y por qué ha de ser.... Por lo de la mujer de Prieto.

Coutiño, halagado en su vanidad, fingió un gran asombro:

—Pues ¿quién os dijo....?

—Los ojos..... Yo te he visto la otra mañana paseando con ella por Chapultepec.

—¡Bah! Puro vacilón.

—Ya sé. ¿Y el marido?

—Pues ¿quién sabe? Creo que está en Toluca, fre-gándose el hígado.

—Y tú mientras aquí, le friegas otra cosa.

De la conversación podía enterarse todo el que pasase por la calle, pues aquellos chicos tan monos hablaban a gritos como si hablasen de la cosa más indiferente y sin malicia. La honra del bueno de Prieto y de su señora andaba casi por enmedio de la calle a la hora elegante de la feria de los “fifís.”

—Pues con ese has de andarte con ojo—dijo otro del grupo, uno muy alto, que parecía una girafa con anteojeras.

—¿Por qué?



—Porque es de los que hacen fuego. Si te coge, tres tiritos no te los quita nadie.

—¡Bah!

Esto de ¡bah! lo dijo con una suprema petulancia. Eso de arriesgar la vida debía ser cosa habitual en un “fifí”..... sin perjuicio de que luego, al llegar la ocasión, ante un marido iracundo o un amante enfurecido, el “fifí” fuera el primero en esconderse dentro de un baúl o de un armario, como ya se habían dado casos en México, y en otras partes.

Los autos seguían pasando muy despacio en ambas direcciones; por la poca velocidad que llevaban se veía que sus ocupantes—mujeres en su mayoría—acudían allí a ver y a dejarse ver.

Era el coso obligado de todas las mañanas. Y Jaime Bagrela, que muy solo saboreaba el espectáculo, a la puerta de una de las dos iglesias contiguas, se preguntaba meditativo: ¿acudirían ellas allí si no estuvieron seguras de que la lista de “fifís” había de ocupar la banqueta, como una guardia dispuesta a rendir toda suerte de homenajes?

Y, si ello era así, ¿no serían ellas las culpables de toda aquella petulancia antipática de los “fifís,” de su impertinencia, y aun del desprecio sordo con que las trataban en sus conversaciones?

De pronto, en el grupo presidido por Pepito, hubo un revuelo especial: hubo sonrisas, tocamiento de codos, adopción rápida de posturas extrañas, mientras todos miraban con descaro, a un automóvil de lujo que avanzaba muy lento por el lado contrario, en dirección a la Avenida Juárez.



Bagrela miró también. Dentro del auto iban una señora y un caballero: ella era guapa, arrogante, con un leve matiz de fatiga en el rostro: el de él era noble, de toda nobleza, barba gris recortada, facciones finas, mirada inteligente.

Jaime se fijó más en la señora. ¿No era aquella misma la que pocas mañanas antes, habían visto él y sus amigos en Xochimilco, paseando con Pepito Coutiño, muy amartelados los dos en el fondo de una canoa?

Hubiera jurado que sí, y para confirmar sus sospechas estaba la actitud del grupo en cuyo centro triunfaba Pepito, que al cruzar ante él el auto cruzó también con la dama una mirada de inteligencia. Ella,—Jaime lo vió muy bien—dirigió enseguida la vista hacia otro lado como avergonzada.

Se le notaba cierta falta de práctica de lo clandestino; o acaso fuese la vecindad noble del marido la que la turbaba de aquel modo.

Cuando ya el auto hubo pasado, en el corro se produjo una gran algazara; todos festejaban a Pepito, le gastaban bromas, le incensaban, como al escopetero experto que en una cacería, acaba de cobrar una buena pieza.

Días después, Jaime Bagrela tuvo ocasión de conocer personalmente a la señora de Prieto: fué en casa de unos diplomáticos que celebraban unas reuniones íntimas, a las que él fué invitado. Habló con la dama muy cerca de una hora, de cosas indiferentes: le hizo el efecto de una buena persona sin complicaciones ni perversidades de ninguna clase.



¿Por qué aquella mujer había caído con aquel imbécil? Lo de la caída no era cosa que preocupase a Jaime, espíritu lo suficientemente amplio para comprenderlo casi todo en esta vida; pero que hubiera caído tan mal una persona tan buena, era cosa que le indignaba un poco.

Al despedirse, y mientras él pensaba en lo lejos que ella estaría de creerle—a él forastero de paso en la ciudad—poseedor de su secreto, le preguntó la dama con toda tranquilidad:

—¿Le gustó a usted Xochimilco?

—¿Que sí....

—¿No estaba usted allí la otra mañana paseando con unos amigos?

—Sí; fuimos a pasar unas horas. Es encantador aquello.

—¿Verdad que sí?

Y con aquella frase y un adiós de cumplido se despidieron.

Jaime, después encontraba la cosa muy natural: aquella señora no había querido pasar ante él plaza de tonta. Sabía que la habían visto, y no le importaba.

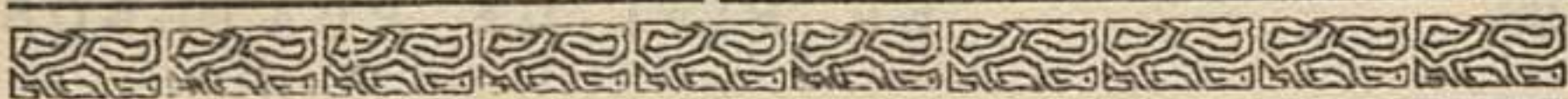
Pepito no se la merecía, pero estas cosas no siempre son el premio a los merecimientos.

---









### XIII

—Ya que desde que llegó a México, no pasa día sin que se sople usted seis o siete “Berreteagas,” voy a llevarle donde lo fabrican, ésta misma tarde.

Estas palabras se las había dicho a Jaime el caballero Echunkosqui, a los postres de un almuerzo que habían celebrado los dos mano a mano en el simpático restaurant Pigall's, donde les costó trabajo encontrar una mesa, pues estaba, como siempre, archilleno. Gracias a la maestría de Manolito pudieron encontrar al fin un rincón donde acomodarse.

Echunkosqui, al decir lo de los seis o siete “Habeneros” diarios había hecho la cuenta con cierta precipitación: no eran seis o siete, eran diez o doce los que Jaime Bagrela se metía diariamente entre pecho y espalda, desde que se levantaba hasta que



se acostaba. Y él, que nunca había sido un profesional de la bebida, no notaba la menor pesadez en el estómago, la menor acidez, el más leve dolor de cabeza.

La fábrica del licor "Habanero añejo Berreteaga," estaba situada en un edificio propio y amplísimo de la calle de Cuauhtemotzín: en aquel rumbo amoroso y picaresco que era en México algo así como el distrito de la alegría y del retorno.

Los señores Pedrero y Hernández recibieron a Bagrela como recibían a todo el mundo: extremando el agasajo y la cordialidad, y con esa simpatía que sólo tiene el industrial que se pasa el día entero en su despacho aspirando las emanaciones espirituosas que llegan de la fábrica vecina.

Aquel despacho, entrando en el recinto a la izquierda, era el cerebro de la industria: no se movía un engrane de una máquina en la casa, no daba un paso un obrero o una obrera, sin que de aquel despacho no saliese la orden o el impulso.

Cuando Jaime se vió en la gran sala donde, en vasijas enormes, se hallaba encerrada la existencia de licor de la casa, oyó que el caballero Echunkosqui le decía:

—¿Cuánto tiempo necesitaría usted para beberse todo esto?

—Si me ayudaba usted, muy poco.

Y a la vista, y aun al olor, de aquella riqueza, Bagrela evocaba la historia milagrosa del licor.

Porque aquella deliciosa bebida a diferencia de las demás, buenas y malas, que bebían los hombres,



no debía su origen a ninguna fórmula producto del estudio del cerebro humano. Era hija directa de la Divina Providencia, y podía decirse que en su confección pristina había intervenido directamente el Cielo.

Allá por el año 55 del siglo pasado, había en Teapa, en el Estado de Tabasco, un negociante llamado don Juan Ruiz, que se dedicaba, entre otras cosas a consignaciones de buques de vela, y a explotar un ingenio de su propiedad, llamado Santa Rita.

El aguardiente que producía este ingenio era la base del comercio de la firma Ruiz, y como en el año 60 fuese muy mala la zafra en todo el Estado de Tabasco, ocurrió que el aguardiente obtenido no lo fué en cantidad suficiente para satisfacer todos los pedidos que a la casa se habían formulado de antemano.

El señor Ruiz decidió hacer una compra especial de aguardiente en la Isla de Cuba, a cuyo efecto cargó con cincuenta toneladas de frijol negro el buque de vela de su propiedad llamado "Manuelito," y lo consignó a una antigua casa comisionista de la Habana, la cual a su vez lo cargó en viaje de regreso con aguardiente de caña, envasado en medias pipas de madera que antes habían contenido vino de Jerez, oro seco, procedente de España.

Y aquí de la intervención de la Divina Providencia de que antes se ha hablado: el barco, castigado por temporales furiosos, tardó más de cuatro meses en llegar a San Juan Bautista, y al descargarse la mercancía e ir el señor Ruiz en persona a espichar



las pipas del aguardiente, vió con la sorpresa natural que el líquido que de ellas salía tenía un purísimo color ámbar y un sabor exquisito.

El señor Ruiz comunicó el hallazgo a sus amigos y les dijo estas palabras:

—Señores, acabo de recibir este cargamento de un licor exquisito hasta hoy no conocido por estos lugares, y como es aguardiente que procede de la Habana, vamos a bautizarle con el nombre de “Habano.”

Y así nació el licor “Habano” famoso. Puede decirse que, como Venus, salió de la espuma de las aguas.

El origen de la bebida se conservó en adelante: el señor Ruiz, en años sucesivos, siguió elaborando su bebida añadiendo al aguardiente, producto de su ingenio, cierta cantidad de vino de Jerez. Y cuando, en 1875, el señor Ruiz se retiró a España, don Martín Berreteaga y Arana, socio principal de la firma Berreteaga y Cía., Sucesora de don Juan Ruiz, decidió dar el nombre de Berreteaga a aquel producto, y así fué registrada la marca de “Habano añejo Berreteaga,” en el año 76, y en la Secretaría de Industria de la República Mexicana.

Después de esta evocación histórica, Bagrela y sus acompañantes pasaron al terreno de las realidades.

Y allí mismo, en aquella inmensa bodega, ante unas vasijas que contenían el oro puro del licor más añejo de la casa, saborearon unas copitas de aquel tesoro líquido.



Como toda bebida sana, prestigiada por los años, el "Berreteaga" no añejo, sino añejísimo, al llegar a la primera parte de la boca del que lo bebía, causaba una sensación fuerte: parecía que un exceso de vida penetraba en nosotros, y que aquel exceso iba a causarnos mucho daño. Pero después, al pasar por la garganta, y convertirse en sangre de nuestra sangre, el "Berreteaga," como toda bebida sana, se volvía todo suavidades, y solo quedaba de él en la boca el aterciopelado emoliente de lo que es tónico sin llegar a excitante.

Al alcohol en general se le ha calumniado mucho: la bebida fabricada con honradez no emborracha como no sea tomada a cubos. Jaime Bagrela, probando de aquellas muestras diversas del "Berreteaga," añejo, sentía que el cerebro se le aclaraba, que el juicio se le serenaba, y sentía que..... no pudiera uno estar bebiendo de aquello toda la vida, hasta exhalar el último suspiro.

Pero los gerentes en México de la casa Berreteaga, sabían bien su oficio. Cuando una ley aduanera protectora permitió a las bebidas nacionales trabajar el mercado con más intensidad, el "Habane-ro Berreteaga" llegó a los últimos confines de la República y ocupó en seguida el primer puesto indiscutible entre las bebidas del país: se lo merecía por su mágica pureza, adquirida en un envase de por lo menos dos años antes de dárselo al público, en cuyos dos años el aguardiente de caña de 18 grados mezclado con el vino español, se decantaba hasta convertirse en el bálsamo que todo el mundo



pedía como quien pide, en momentos de peligro, los Santos Sacramentos.

Además había—y esto era importantísimo—la seguridad de que todo el que en una cantina pedía un vasito de “Habanero Berreteaga,” bebía indiscutiblemente el legítimo fabricado por la casa.

Una invención diabólica, la de la botella irrellenable, impedía que el cantinero sin conciencia volviese a llenar las botellas vacías de “Habanero” con cerveza putrefacta o con petróleo azucarado de Tampico.

¿Qué era eso de la botella irrellenable?

Aquí ya no había intervenido la Divina Providencia, sino el ingenio humano. Jaime lo vió y hasta lo practicó, pues invitado por los directores de la fábrica, hubo de poner varios tapones ante la máquina taponadora, modelo de precisión.

Unas chicas muy bonitas, operarias de la fábrica, preparaban con sus manos de azucena el cuello de las botellas con la cápsula de porcelana en cuyo interior, merced a una combinación especial, la máquina incrustaba el diminuto taponcillo de corcho.

Y una vez verificada la operación de la botella, podía salir el líquido con relativa facilidad, pero no podía entrar en ella ni una sola gota. El fraude era imposible.

A Jaime, mientras en el despacho de la Gerencia apuraba la última de las quince copas con que le invitaron,—Echunkosqui hizo trampa y se tomó treinta y dos,—se le ocurrían ideas muy optimistas.

¿Qué ridiculez era esa de la ley seca? El que se-



pa beber y beba néctares como el “Habanero añejo Berreteaga,” es como si hubiera suscrito un seguro de vida a muy larga fecha.

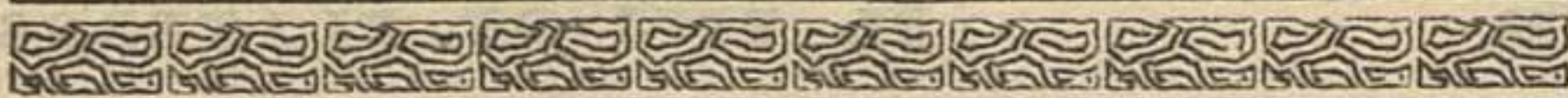
Y aquel millón de pesos, capital social de la firma Berreteaga y Cía., debieran convertirse en un millón de bendiciones del cielo.

---









## XIV

Jaime Bagrela, gran amante de la noche, gustaba de pasear de siete a ocho por la calle de Plateos—hoy Avenida Madero—corazón y columna vertebral de México.

A esa hora, la hora amable de las mundanas y de los “fifís”, se repetía, desde el Zócalo a la Avenida Juárez, el curso de los automóviles del mediodía, pero ahora, esa melancolía del crepúsculo urbano, tamizada por el alumbrado público y el de los comercios, que en México era espléndido, parecía poner una nota cordial en los ojos y en la boca de las mundanas, guardadas como en un estuche en los fondos de sus automóviles, y dar más atrevimiento a las miradas de las chicas solteras que amparadas por la noche, se arriesgaban a mirar a los... lagartijos de las aceras con más audacia que durante el día.



Jaime, abriendo un paréntesis en sus callejeos, reservaba esta primera hora de la noche para el paseo diario por Madero. Y unas veces a pie, y otras en el soberbio "Packard" de los hermanos Latorre—tres muchachos que habían hecho un culto de la cortesía,—el forastero pasaba su revista diaria a las bellezas mexicanas, en aquella hora voluptuosa y casi lúbrica.

Una noche, en que iba solo y a pie, pasada ya la esquina de Bolívar, y cuando más prendido estaba en los ojos de una morena que iba sola, en compañía de un magnífico perrito Chihuahua, en el interior de un Hudson, soberbio, notó que un brazo amigo se colgaba del suyo, mientras una voz de flauta anémica le decía:

—Buenas noches, señor Bagrela. ¿Qué hace por aquí?

Se volvió y pudo ver que el que le hablaba y se había colgado de su brazo, era Pepito Coutiño.

La cosa le sorprendió y no muy agradablemente. El primogénito del antiguo sereno madrileño no le había distinguido nunca con su simpatía: muy aburrido debía estar para pegarse a él de aquel modo. Aquel hombre, que, por lo visto, vivía en aquella acera del antiguo y clásico Plateros, parecía estar en vena de confidencias.

—Usted mira a nuestras mujeres,—le dijo—. Algunas son guapas pero..... no se fíe usted de ellas.

—¡Bah! Yo soy aquí un simple espectador.



—Se lo digo, no le vaya a ocurrir lo que me ha ocurrido a mí hoy mismo.

—¿Qué cosa?

—Pura pendejada. Usted sabe que yo andaba vacilando desde hace unas semanas con la mujer del banquero ese.... de Prieto.

—¿Yo? Yo no sé nada, mi querido amigo.

Pepito le miró casi ofendido. ¡Cómo! ¿Era posible que su última hazaña de “fifí” conquistador no fuera conocida por aquel escritorzuelo de lejanas tierras?

—Sí, hombre, sí lo sabe. ¿No recuerda el día aquel que nos vió juntos en Xochimilco?

Bagrela, a quien molestaba grandemente aquella conversación, no sabía cómo darle un corte.

—Ah, pero.... Sí, yo le ví a usted, pero no sabía que aquella señora fuese....

—¿Cómo que no? Si me ha dicho ella misma que fué usted presentado a ella la otra noche en casa de....

—Sí, es cierto, pero yo no sabía....

—Por cierto que me dijo que le cayó usted muy simpático.

—¡Caray! Dios se lo pague.

—Bueno, pues esta tarde, hace no más de un par de horas, ha ocurrido la catástrofe.

—¿A qué llama usted la catástrofe?

—Pues a lo que lo es: el marido nos ha sorprendido.

Y el “fifí” estalló en una carcajada que a Bagrela pareció el colmo de la estupidez.



—Y ¿qué ha pasado?

—A mí nada: a ella, no sé.

—¿Cómo que no sabe?

—Y claro. Ella y yo nos veíamos desde hace tiempo todas las tardes en casa de una amiga suya, allá por el final de Donceles; y esta tarde, cuando estábamos tranquilamente tomando el té, entra la dueña de la casa muy apurada diciendo que el marido estaba en el vestíbulo. Yo tomé mi sombrero y dando un rodeo por la cocina, logré ganar la escalera y salir a la calle.

—¿Y la dejó usted sola?

—Pues sí. No iba a esperar allí a que el.... de Piedras Negras me fregase. ¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar?

—No hablemos de eso. Lo interesante es saber lo que ha pasado después.

—Pues ¡quién sabe! Ahorita voy a telefonar a casa de la amiga, para que me cuente cómo ha terminado la película.

Fué ahora Jaime el que cogió al “fifí” por un brazo bruscamente y le dijo:

—Pero ese ahorita va a ser ahoritita mismo. Venga usted para acá.

Cruzaron Madero, por entre la doble fila de automóviles, y torcieron a la izquierda, por Bolívar.

Bagrela, muy deprisa casi arrastraba a Pepito en la marcha.

—Pero oiga, no sabía yo que era usted tan curioso. ¿Qué prisa le ha entrado?

—Sí, en efecto, tengo yo también mucha curiosi-



dad por conocer el final de esa película.... Sobre todo cuando pienso que esa mujer puede haber muerto a estas horas a manos de su marido.

Pepito se echó a reir de nuevo.

—¡No, chico! Si Prieto es un buen hombre. A mí, si me pesca, sí puede que me hubiera sangrado, pero a ella no. Usted lo va a ver.

—¡Dios lo haga!

—Seguro.

Entraron a Pigall's que, como siempre, a aquel'a hora del vermú estaba lleno de la mejor gente de México. Coutiño fué al teléfono y pidió un número. Jaime quedó a un lado hablando con Manolito, el simpático dueño del local.

Lo que Pepito oía por el auricular debía ser sumamente gracioso, pues no hacía más que prorrumpir en carcajadas espaciadas. Entre risa y risa se le oyó decir lo siguiente:

—¿Qué hubo?.... ¿Pero es posible?... ¡¡No!!!... Pero ¿llegó a salir en camisa a la calle?.... ¿Qué vacilón!

Y todo ello a voces, para que lo oyera bien todo Pigall's.

Bagrela no pudo más. Aprovechando que el "fí-fí" estaba de espaldas al grupo de él y de Manolo, dijo a éste último:

—Mire, cuando acabe ese imbécil, si pregunta por mí, dígame que han venido a buscarme y que me he marchado.

Y sin más salió a la calle, como quien huye de una pesadilla.









## XV

—Yo, como dijo Vargas Vila, en su bello libro “Némesis,” soy un general mexicano que arrastro el nombre de general, pero que no he llegado a comprenderme con lo que eso significa. Tengo un solo uniforme, y no he tenido más en mi vida: apenas me lo pongo. Pero cuando hice la revolución me encontré mandando muchos hombres, y ellos sí que eran militares de corazón; y a hombres así no se les puede mandar en traje civil, ni moral, ni materialmente.

Estas palabras, sinceras y viriles, las iba diciendo el Presidente de la República Plutarco Elías Calles, sentado en un amplio sillón de su despacho particular en el Palacio Nacional. Jaime Bagrela, único oyente, ocupaba a su vez un asiento en uno de los extremos del sofá inmediato.



La mano izquierda del general Calles, recia y carnosa, mano de conductor de pueblos, jugueteaba con un cigarrillo de papel, como la zarpa de un león podía jugar con una mariposa. Bagrela fumaba también, obsequiado por el Presidente.

—Fuí maestro normal, y acaso fué aquella la época de mi vida en que más he aprendido. No hay idea de lo que se aprende enseñando a los demás; y no vea usted en esto una paradoja. Los males que mi Gobierno y yo intentamos remediar son los que aprendí a conocer en el bajo pueblo en aquella época de mi vida.

El despacho era una estancia severa, con grandes muebles de madera labrada, pero cuya severidad resultaba como adormecida gracias al raudal de luz que penetraba por dos grandes ventanales de vidrieras esmeriladas. El Presidente Calles, sentado de perfil a la luz, destacaba enérgicamente su silueta de hombre moreno, buen mozo, y joven todavía. Cruzaba una pierna sobre otra, en postura negligente, había sin embargo, en él esa aureola que da el mando si se ejerce con dignidad.

Bagrela arriesgó una pregunta.

—Y, en sus épocas de luchas, ¿soñó usted alguna vez con la Presidencia de la República?

La respuesta fué rotunda.

—¡Jamás! Ni con éste, ni con el más modesto cargo público. Todos los hombres somos hijos de las circunstancias en todos los momentos de nuestra vida, pero yo lo he sido más que nadie. Nunca ambicioné lo que tengo, y hoy que lo tengo no lo acep-



to más que como cumplimiento de un deber. ¡Los encantos del Poder! Pero ¿dónde están que yo no los veo por ninguna parte?

Y sonriendo, con esa sonrisa cordial de los hombres fuertes añadió:

—Es decir, hay uno indiscutible: el de poder hacer algo bueno en beneficio de la Patria.

Jaime, oyéndole, pensaba—y no exteriorizó su pensamiento, porque no pareciera adulación—en el mérito indiscutible que ha de tener un hombre para que sin proponérselo, las circunstancias solas le suban tan alto. El ambicioso, el que consagra la vida entera al logro de su ambición, si triunfa parece que ha violentado las cosas y que no hay en su triunfo otro mérito que el de la tenacidad. El despreocupado que llega a la cúspide parece haber subido gracias a una fuerza que lleva dentro y que él mismo ignora.

El general Alvarez, el hombre de confianza del Presidente, su Jefe de Estado Mayor, y a quien debía Bagrela el estar hablando en aquel momento con el General Calles, hizo una breve aparición en el despacho. Levantado desde las cinco de la mañana, custodio y vigía inseparable de la persona del Presidente, aquel hombre esbelto, y que por la edad parecía un capitán, realizaba en la jornada una labor que hubiera rendido a muchos. Y, sin embargo, él sonreía siempre, flor de la cortesía y de la amabilidad.

Ahora venía a anunciar confidencialmente una visita de mucho cumplido: el Presidente, al oír el



nombre, pronunció un “que espere” que a Jaime llenó de satisfacción.

Y siguió hablando con aquella voz firme y reposada a un tiempo que era uno de los grandes atractivos de su persona.

—México es un pueblo joven que ha cometido los pecados de toda juventud, pero ¡si viera usted qué fondo de reserva más grande tiene este pueblo! Nuestra revolución, como todas las revoluciones que han pasado a la historia, se ha hecho en nombre de una idea generosa; pero, también como todas, no las llevan a cabo solo los santos: hay mucho aprovechado, mucho cuco, y hasta algún criminal que otro. Pero nadie debe asustarse demasiado. La cuestión está en ver friamente la obra revolucionaria una vez que el movimiento ha triunfado; y en esto sí que México resiste todos los análisis por implacables que sean..... Ha habido algún paréntesis lamentable, pero la línea general de la revolución ha sido una recta en dirección ascendente.

Jaime Bagrela oía con encanto la verdad de aquellas palabras. El conocía poco el país, pero había llegado a él con los oídos tan atormentados de hipérboles y de leyendas estúpidas que al ir poco a poco poniéndose en contacto con la realidad iba también viendo claro en ella. Las palabras del Presidente Calles eran una confirmación de sus propias deducciones.

Pues que, en la Revolución francesa, por ejemplo ¿no se habían cometido en una sola semana más



atrocidades, o si se quiere locuras, que en toda la revolución de México?

Era como el menosprecio de la vida, vicio capital de los mexicanos según los comentarios europeos. Y cuando la guerra ruso-japonesa, o sea, cuando el Japón se puso de moda en el mundo, una de las cosas que más se alababan en aquella nación, hasta el punto de presentarla como la causa primordial de su eclatante victoria, era el desprecio a la vida, de que hacían gala todos los súbditos del Mikado. ¿Porqué lo que en el Japón era una virtud había de ser un vicio en México?

—Nosotros queremos—continuaba el Presidente—evitar que lo que hasta ahora ha sido convulsión política, se convierta en revuelta social. Tengo fe en que lo conseguiremos, y para ello lo primero que hay que hacer es poner al obrero, al trabajador mexicano, más en consonancia con la vida moderna en todos los sentidos. Felizmente no nos hacen falta leyes nuevas para eso, pues la tarea de legislar es siempre pesada y dilatoria: no hay más que adaptar las ya existentes. Y eso, lo hemos empezado ya a ejecutar.

—Lo sé, señor Presidente. Sé que ha cauterizado usted muchas heridas, y que ha llevado a cabo algunas curas dolorosas.

—No ha habido más remedio.

Y eso lo decía sonriendo, apurando el cigarrillo balanceando levemente una pierna sobre otra. Hombre enérgico, pero sin alardes de fanfarrón, sin esa “posse” grotesca de otros pretendidos gobernantes



de mano de hierro, que luego claudican ante el guiño prometedor de cualquier pensionista de congal.

Jaime experimentaba la sensación de estar en el laboratorio donde se estaba forjando el porvenir de un pueblo: y Plutarco Elías Calles era el alquimista de aquella transformación.

Hasta el despacho llegaba muy claro el ruido de la vecina calle lateral: a dos pasos de allí estaba el Volador, acaso el paraje más popular y pintoresco de México. Y acariciado por todos aquellos murmullos el Presidente trabajaba, y a su trabajo no presidía más que una sola ambición: la de la felicidad de su Patria.

Jaime salió del despacho presidencial, después de haber estrechado la mano recia de un verdadero hombre, pensando lo siguiente:

—¡Dichosos los pueblos en los que los maestros de escuela pueden llegar a ser Jefes de Estado, sin que eso de la herencia tenga nada que ver!





## XVI

—Voy a enseñarle a usted los salones de esta parte del Palacio. Hay cosas curiosas.

El general Alvarez, al recibir a Jaime Bagrela a su salida del despacho presidencial, quiso extremar con él la cortesía y se convirtió en su cicerone, para enseñarle las magnificencias con que el desgraciado emperador Maximiliano embelleció por dentro el destartado caserón de los virreyes.

Contiguo al despacho de donde Bagrela acababa de salir estaba el saloncito árabe, una maravilla de la fantasía y de la evocación donde desde el moldeado de techo y paredes hasta los muebles y alfombras, no faltaba nada de cuanto pudiera recordar los interiores de cualquier alcázar del lejano Oriente, europeo o asiático, con su arte, sin duda el más sensual que ha producido la imaginación humana.



A continuación estaba el gran comedor, estancia suntuosísima, destinada a las comidas oficiales de gran gala, y en cuyos apliqués se veían aun dibujadas en cuentas de cristal las coronas del fusilado de Querétaro.

Contiguo había un comedorecito privado a cuya mesa se sentaban casi a diario el Presidente y el General Alvarez, pues los muchos quehaceres no dejaban vagar al Primer Magistrado para marchar a su casa, contigua al palacio de Chapultepec.

Y separada de él por una gran verja cerrada por gruesos candados, como se guardan los tesoros, estaba una de las maravillas del palacio: era una estancia de regulares dimensiones, con un gran ventanal, y en ella, perfectamente ordenadas sobre una mesa, y distribuídas en alacenas, había un número muy considerable de piezas de plata y oro macizo, platos, tazas, fuentes, salseras, cafeteras, vasos.... Era la célebre vajilla del Emperador Maximiliano, valuada en una cantidad fabulosa de pesos.

—Ya ve, tanta gente como ha pasado por este palacio, en revueltas y en revoluciones—decía el General Alvarez—y nadie ha tomado una sola pieza. Han podido robarse la vajilla entera, en más de una ocasión, si hubieran querido y sin embargo, ahí está intacta.

Jaime recordaba las veces que visitando en Europa—en la culta y presumida Europa—templos famosos, abadías o museos, escuchaba de labios del guía la frase consagrada:

—Aquí había una soberbia colección de cálices



de oro, pero en el año tal, cuando nuestra guerra con tal Nación, los enemigos entraron aquí y se llevaron cuanto había de algún valor.

Al otro lado del despacho privado del Presidente, estaba el Salón del Acuerdo del Gobierno en pleno: estancia severa, con una gran mesa en el centro, rodeada de sillones, punto de reunión del Gobierno, cuando algún asunto grave requería el Acuerdo. En la habitación parecía flotar como un recuerdo trágico que había dejado allí sus huellas: aún se conservaba y al pie mismo de la puerta que comunicaba con el despacho presidencial de donde Bagrela había salido poco antes, una mancha roja vestigio de sangre humana: la derramada por uno de los ayudantes del infortunado Presidente Madero, al caer muerto a los pies de éste por las balas de los sublevados.

Estos entraban por la puerta opuesta del gran salón, y a través de la severa estancia se había cruzado el tiroteo. En el respaldo de dos sillones, los dos fronteros a las dos puertas contrarias, se conservaban orificios producidos por las balas de los dos bandos, de atacantes y atacados.

Más allá de la puerta por donde entraron los sublevados, estaba el despacho oficial del Presidente, y después seguía toda la serie de salones de gala, estancias majestuosas, entre las que llamaba poderosamente la atención el que indudablemente fué antaño salón del trono, y que hoy era el gran salón de recepciones, desde que la nación mexicana tuvo el buen gusto de arrinconar aquel trasto preten-



sioso que ya sólo se conserva en algunos países de Europa para que en la costura de sus telas duerman las chinches.

El que viera desde la plaza de la Constitución aquel caserón destartado que era el Palacio Nacional, no podría nunca imaginarse que tras sus paredes grises se ocultase tanta magnificencia.

El general Alvarez llevó a Bagrela a un balcón desde el que se contemplaba en su totalidad el primoroso jardín del Palacio: jardín de convento o de vieja casa hidalguena, donde todo era paz y sosiego, donde las sombras de los corpulentos árboles invitaban a una retirada del mundo, de un modo definitivo.

Y después, los visitantes pasaron al despacho del Jefe del Estado Mayor Presidencial.

Allí era donde el general Alvarez rendía sus doce y catorce horas diarias de labor. Ante su mesa de despacho había un trípode un mapa militar de la República mexicana, cuyo inmenso territorio, tres veces mayor que el de Francia, lo era desde luego más que ninguna nación europea, exceptuada Rusia.

Con botoncitos rojos, azules, blancos y verdes, estaban marcadas las distintas fuerzas terrestres y navales del Estado, y su colocación territorial al día. Y aquel hombre, cuya sangre había regado más de una vez parte de aquel territorio representado allí gráficamente, tenía en su mano el manejo central de la enorme máquina, y le bastaba mudar de sitio uno de aquellos botones para que miles de hombres cruzasen el inmenso mapa de parte a parte.



Jaime, mirando la carta militar, pensaría cuál sería el destino, cuál el futuro de aquel pueblo en armas, que amaba la lucha y el fuego por sobre todas las cosas.

---









## XVII

Jaime Bagrela volvió a encontrarse a la señora de Prieto, en el mismo sitio donde tuvo el gusto de hablar con ella la primera vez; en la casa hospitalaria de aquellos diplomáticos extranjeros, con los que había hecho una buena amistad.

Esta vez la dama no había venido sola, la acompañaba su marido, en cuyo semblante, y en el desmadejamiento total de todo su organismo, creyó ver Bagrela un marcado sello de fatiga: algo así como ese cansancio moral que invade a los seres equilibrados cuando han perdido el resorte principal de su existencia.

La suerte—la buena suerte—quiso deparar a Jaime Bagrela la ocasión de hablar por separado con cada uno de los esposos. Mientras en la reunión se hacían comentarios sobre lo bien que había tocado minutos antes el “Carnaval” de Schumann,



un maravilloso pianista portugués, el señor de Prieto y Jaime, casi se encontraron solos en el hueco de un ventanal que daba al jardín de la casa.

Eran las cinco de la tarde, y el crepúsculo de Abril era triste y amenazador: con aquel decorado por fondo, Jaime se fué enterando de que el matrimonio proyectaba un largo, muy largo viaje por el extranjero.

—Nos vamos en los primeros días de mayo, y yo dejo casi abandonados todos mis negocios; pero no hay más remedio; porque no se trata de un viaje de recreo ni de placer. Es que lo mismo mi mujer que yo lo necesitamos....

Tímidamente inquirió Bagrela.

—¿Por qué?

—Ella está enferma, muy enferma: tiene un fuerte desequilibrio nervioso, que, desde hace una temporada, la obliga a hacer unas cosas muy raras, y yo, la verdad, tengo miedo.

La alusión a lo ocurrido era muy clara, pero no había en ella acritud; hablaba con melancolía, como quien por estar a su vez muy enfermo, se compadece de otro enfermo que no tiene culpa de su enfermedad.

El diálogo con la mujer, celebrado poco después ante dos tazas de té en un momento en que casi toda la concurrencia se entregaba al baile, fué al principio una variación de lo anterior, aunque a la inversa.

—Mi marido está con una depresión moral es



pantosa. ¡Bien estoy pagando lo que hice! ¡Si una supiera al empezar.....

Ella hablaba sin eufemismos, pues al verse días antes, ya habían quedado tácitamente conformes en que él estaba en el secreto.

—Cuando ocurrió aquello yo creí que se moría. Aunque la que debió morir de vergüenza fui yo.

—¿Aquello? ¿A qué se refiere usted?

Se le quedó mirando casi con ira.

—¡Vamos Bagrela, por Dios! ¡Me querrá usted hacer creer que no está enterado de nada!

—Sí, algo supe, pero.....

—Sé que es usted amigo de ese.... sujeto.

—Amigo, no: conocido nada más.

—Para el caso es lo mismo; aunque ya sé que no simpatizan ustedes mucho por lo cual le felicito.

—Me lo encontré la misma tarde que ocurrió la cosa, y claro es que me habló....

—Se lo ha contado a todo México, como si fuera el argumento de una película.

—Pero, y usted ¿es que esperaba otra cosa de él?

—También tiene usted razón.

Jaime, animado por el tono de franqueza en que ella hablaba se arriesgó con una pregunta.

—¿Usted llegó a quererle?

Rápidamente replicó:

—¡No señor! No crea que hablo despechada por su conducta: si le hubiera querido alguna vez se lo confesaría.... sobre todo, ahora, en que seguramente ya ese cariño habría muerto. ¡Querer! No es



fácil querer a un “fifí” de esos. ¡No ve usted que no suelen tener de hombres más que los pantalones!

—Eso pasa en México y en las cinco partes del mundo, llámese “fifí”, pollo “bien,” o “gigolo.”

—Claro que me preguntará que si no le quería por qué caí con él.

—No; yo procuro no preguntar necedades. Sé muy bien que caer, se puede caer por una nada..... Pero ha hablado usted antes de su conducta: es que al ocurrir la sorpresa ¿no se portó bien?

—Pero ¿usted no sabe que salió huyendo y me dejó sola, expuesta a que mi marido me hubiera matado?

—Eso pudo ser para evitar que su marido viera que estaba usted con él.

—No vaya usted a defenderle porque sea hombre.... Cuando mi marido fué allí ya sabía perfectamente todo lo que tenía que saber: se lo había contado, como siempre, una buena amiga.

—Y después ¿no ha vuelto a saber nada de él?

—No, señor; afortunadamente. Hace cinco noches estando mi marido y yo en el Teatro Iris viendo a la Pavlowa, entró él en la sala; yo fingí que me ponía mala y nos fuimos a casa. Felizmente mi marido no se enteró del por qué y ese títere creo que tampoco nos vió.

Aun siguieron hablando un largo rato. A Jaime le inspiraba profunda pena aquella mujer. ¡Pobre paloma, que para una vez que había intentado correr una aventura fuera del nido, había tenido que volver a él con las alas rotas!



El marido había dado pruebas de un gran conocimiento del corazón humano perdonándola. Bastante castigada estaba.

Salió a la calle Jaime en los momentos en que la noche le ganaba al día la batalla diaria. Y de intento se perdió por aquellas calles del barrio sin disputa más bonito de México.

Desde el nombre de ellas que ya era de por sí lindo y evocador—Florencia, Amberes, Londres, Nápoles, Havre....—hasta las cataratas de flores que la primavera hacía brotar en los jardines y por las fachadas de las casas, todo era allí atrayente, acogedor.

Los edificios, hoteles en su mayoría, chalets algunos de ellos tenían todos su jardín delante o a los lados, pero las flores salían a la calle al encuentro del transeunte, se desparramaban por las aceras, como si comprendieran que no debían gozar de ellas únicamente los dueños de las elegantes moradas.

¿No se dice que el respeto a las plantas y al arbolado es uno de los exponentes de la cultura de un pueblo? Pues en México las flores estaban al alcance de todas las manos, sin que ni una sola resultase profanada. Bien es verdad que ¡había tantas en la ciudad!

En aquellas calles que parecían veredas de jardines, cuán lejos se estaba del México de la leyenda: de la ciudad peligrosa y sanguinaria en la que, según sus detractores, había que salir a la calle con una coraza y una ametralladora. Era domingo y



hasta la gente faltaba, como si en el descanso semanal hubieran de reposar también las calles del ajetreo semanal.

Todo era paz y silencio allí. Había una calle, la de Venecia, que hacía en verdad honor a su nombre: era corta y no muy ancha, y, sin ser un callejón, no tenía salida directa a otra, pues el fondo lo ocupaba la banqueta frontera de la Avenida de Chapultepec. Y todas sus casas nuevas y chiquititas, aparecían materialmente cubiertas de flores desde el tejado hasta la base.

Otros ensanches de otras poblaciones serían más suntuosos: los edificios alcanzarían en ellos proporciones más grandiosas, pero no había ninguno—por lo menos Jaime no lo conocía—de una belleza más delicada, de un encanto más sutil que este ensanche mexicano que se desarrollaba a un lado del hermoso paseo de la Reforma. Aquello era Biarritz, a siete mil pies de altura.

Y Bagrela pensaba en la señora de Prieto. Ella también era delicada y sutil y había ido a quebrarse en las manos de un “fifí” acéfalo. Pero ¿por qué existía ese gremio antipático de los “fifíes”?

Ellos, y no los revolucionarios, ni los revoltosos, eran la plaga de México. ¿Por qué, en vez de vagar a todas las horas del día, no se instruían aquellos muchachos?

¿Por qué no leían la historia de su país, plena de evocaciones? Y si querían ampliar sus conocimientos que leyeran la Historia Universal de Guillermo Ocken, obra admirable donde está todo lo



grande que el genio y el ingenio humano ha producido, y donde por cierto, no figura ningún "fifí."

Y no tenían que andar mucho para adquirirla: en la 2a. de Victoria, número 33, que es la casa del simpático librero y editor Nicolás Rueda, podían adquirir todos los ejemplares que quisiesen.

---









## XVIII

Entre los recuerdos agradables que Jaime Bagrela se llevaría de México al finalizar su viaje, sería el de haber trabado conocimiento y amistad con un gran hombre de otras épocas, con un caballero perfecto, ejemplar de los que ya van quedando pocos en el actual mundo grosero y agrisado.

Fué el tal hidalgo el conocido editor y erudito don Manuel León Sánchez, y cuando de él se afirma que era un hombre de otras épocas no se dice precisamente por su edad, que no era la bastante para que don Manuel hubiera salido de la madurez, sino porque varones de su corazón generoso y de su hidalguía sin recovecos más bien parecen por lo raros ejemplares de museo, conservados en el mundo para que la humanidad vea cómo estaba construída antaño y se avergüence de su modo de ser actual.

El señor León Sánchez era granadino, y tenía to-



da aquella nobleza de caballero moro que da el aire de Sierra Nevada, nobleza de romance que nada tiene que envidiar a la de Castilla. Jaime se relacionó con él con motivo de unos asuntos editoriales que en México quería plantear, y en esa profesión, tan propicia a la usura, pudo ver en seguida al hombre generoso que con bondad bien educada, sabe hacer compatible el propio interés con el ageno que en sus manos se confía.

Bagrela había vivido un año en el Colegio del Sacro Monte de Granada, y tan feliz circunstancia hacía que muchos de los amigos del señor León Sánchez lo fueran también suyos, y permitía que en las conversaciones que con él tenía en aquel su despachito de la calle de la Misericordia, generalmente a primera hora de la noche, saliesen a relucir evocaciones de tipos y personajes granadinos que, ponían brillo en los ojos del emigrado voluntario, y alegría en el rostro de barba puntiaguda como el de un caballero del Greco.

Don Manuel llevaba ya muchos años en América: en Venezuela primero, de donde tuvo que salir a raíz de una tragedia revolucionaria cuyo relato espeluznaba y acogido después a la hospitalidad de esta tierra mexicana, de cuyo mundo intelectual era una de las primeras figuras.

De su imprenta, y bajo su inmediata dirección, habían salido multitud de obras, expresión genuina del pensamiento mexicano; en todas ellas, primorosamente editadas, se veía la mano del editor granadino, que cuando se ponía a rememorar escenas de



los que podríamos llamar tiempos clásicos de la colonia y del virreinato, que él había desentrañado en los viejos libros, llevaba el deleite al ánimo de su oyente.

Don Manuel tenía dos hijos que eran dos tesoros: ayudaban mucho al padre en sus faenas—uno de ellos era un linotipista consumado—y el padre hablaba de ellos con el orgullo del que ve que el tiempo empleado en criar unos retoños no ha sido tiempo perdido.

Y fué una noche, al salir precisamente de casa de don Manuel, cuando Jaime oyó que le llamaban del fondo de un fotingo.

Se acercó: era Pepito Coutiño. Le invitó a subir y Jaime aceptó, aunque no de muy buen grado.

—¿A dónde se va? ¿Dónde quiere que le lleve?

Bagrela vió el cielo abierto: menos mal que iba a separarse enseguida de aquella sanguijuela.

—Pues mire, yo iba al Palacio Municipal. El señor Saracho me va a hacer el honor de recibirme y.....

—Pues ándele,—dijo al chófer.—Yo voy a Pigall's.

Acaso la única nota de buen gusto que había en la vida de aquel “fifí” era esa de ir a diario a tomar el aperitivo al simpático Pigall's.

Por el camino, y como quien habla de la cosa más indiferente del mundo, dijo Pepito:

—Pero hombre, vió qué final ¡sarape! El viejo Prieto cómo acabó.

—¿Qué le ha pasado?



—¡Cómo! ¿No lo leyó en “El Universal”?

—No.

—Se ha muerto anoche de repente en un hotel de Veracruz, en vísperas de embarcar para Europa. Otros dicen que se ha suicidado.

Jaime tuvo que apretar fuertemente los labios para que no se escapara por ellos una pregunta que estuvo a punto de formular: “¿Y la mujer?” Pero le repugnaba hablar de aquello con aquel sujeto.

Felizmente llegaban al Palacio Municipal: al ir a apearse dijo Jaime a Coutiño:

—Una cosa le voy a decir, y no me lo tome a mal: en esa muerte, natural o provocada, tiene usted mucha culpa.

—No me venga con vacilones..... Y déjese ver con más frecuencia.

El simpático oficial mayor del Ayuntamiento de México, condujo a Jaime Bagrela hasta el despacho del Alcalde, evitándole así el pase por la secretaría particular, donde había un señor que presumía mucho, sin que nadie supiera de qué ni por qué.

En cambio, el señor Saracho, era un hombre todo amabilidad y corrección: bien es verdad que este contraste se da mucho entre señores y criados. El Presidente del Cabildo Municipal, encargado de administrar los intereses de la ciudad de México, era un hombre muy joven, de aspecto elegante y mundano, como si acabase de salir de Casa de Fal, y de rostro simpático, rasurado del todo.

—Aquí me tiene usted trabajando mucho, por-



que no hay más remedio: la Presidencia de este organismo rinde más labor que cualquier Secretaría; porque las Secretarías, cada una se ocupa de lo suyo, y Educación Pública atiende a su ramo, y en Finanzas es lo financiero lo que priva, pero aquí hay que atender a todo, y hay que ocuparse al mismo tiempo en los asuntos más diversos. Y cuando está usted hablando de Beneficencia viene un señor y le habla de pavimentación, y si es de escuelas de lo que usted se ocupa, tiene que dejarlo, porque vienen a hablarle de pulques.

—Sí, señor Presidente, pero usted tiene tiempo para todo, porque fuera de esta casa.....

Y Bagrela se permitió una levísima alusión que Saracho apartó con un gesto.

No le gustaba que le hablaran de ello, pero en todo México tenía justa fama de hombre galante y de mucho partido con las señoras. Y este Tenorio moderno, vestido a la inglesa, al sentarse en su sillón de administrador de los intereses del pueblo, era de una energía inflexible.

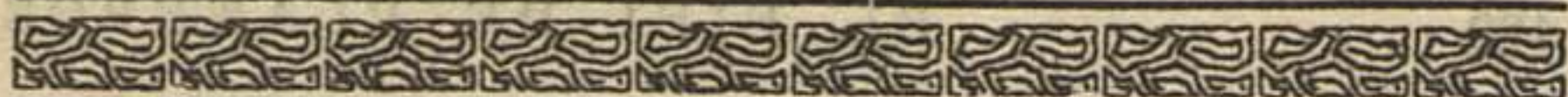
—La base de nuestro programa municipal—decía, contestando a una pregunta de Bagrela—es la moralización del ambiente: no la moralización de la ciudad, que no lo necesitaba mucho, sino la de su administración. En esta casa ocurrían cosas fantásticas: el dinero se iba quién sabía dónde ni por dónde; y esto no es que yo acuse de inmorales a los que me precedieron en este cargo. Era más bien desbarajuste, río revuelto en el que muchos pescaban. Felizmente, todo se va corrigiendo, aunque la



corrección, como es natural, nos está proporcionando unos cuantos enemigos.

¡Era singular! Jaime sacaba de su entrevista con el señor Saracho, la misma impresión que había sacado de la celebrada con el Presidente Calles. No cabía duda: empezaba una nueva era para el país. Y él se consideraba dichoso de haber asistido a los albores de esa nueva era.





## XIX

Había llegado ya el mes de Mayo: México, alegre y señorial, como siempre, parecía reanimarse con el arribo de esta nueva savia primaveral.

El bosque de Chapultepec, más hermoso que nunca, florecía de verde los troncos de sus árboles centenarios que parecían torsos de gigantes. Y lo mismo en las hermosas avenidas de la parte nueva de la ciudad que en las viejas calles coloniales en que de la sombra de cada palacio parecía salir la silueta fantástica de don Juan Manuel, armado de su puñal, la primavera ponía un gorgceo de candor, que parecía espesar el aire.

Bagrela era enemigo personal de la primavera, pero en México encontraba que ésta distinguida estación era de una elegancia comedida que resultaba muy atrayente.

Y fué en uno de esos atardeceres de mayo cuan-



do, huyendo de la vulgaridad pretensiosa del Hotel Regis—se había convencido de que el tal hotel no era más que una posada donde se comía detestablemente—se sumergió en plena Avenida Madero, que para él siempre sería calle de Plateros.

Muchos eran los atractivos suntuosos de la tal calle, pero para él superaban a todos las vitrinas o escaparates de la casa Fal, sin disputa el primer comercio de lujo de la ciudad. Para Bagrela era un deleite, como podía serlo visitar una exposición de arte, asomarse a aquellos seis escaparates, sobre todo a la hora dorada en que se encendían las luces.

El que quisiera recibir lecciones de buen gusto no tenía más que asomarse a ellos. Esa mezcla tan difícil de sencillez y fastuosidad que constituye lo que el mundo llama elegancia parisién, estaba vinculada de tal modo a la casa Fal, que aquello, más que un comercio, era una galería de lo chic.

Había, por ejemplo, una vitrina dedicada a calzado masculino, y viendo lo que en ella se exhibía llegaba a parecer increíble que pudiera hacerse una tan acabada obra de arte de unos objetos destinados a cubrir los pies de..... Pepito Coutiño, por ejemplo.

Al otro lado había unas camisas de seda arrojadas negligentemente en forma de abanico, y era de admirar cómo el encargado del arreglo de las vitrinas había sabido graduar los diferentes colores de cada una, de manera que el espectador pasaba insensiblemente de la primera a todas las demás.



En uno de los escaparates que daban a la calle de Filomeno Mata, estaba el calzado de señora; Jaime pasaba las horas muertas ante aquellas preciosidades, y se extasiaba ante unas piernas divinamente calzadas que subían a perderse en la caída del comienzo de una falda....

Y si se le ocurría penetrar en el interior del comercio, entonces representaba a lo vivo la escena principal del "Pobre Valbuena," la obra predilecta de "Capotillo:" porque ante la belleza delicada de aquellas empleadas sufría un patatús y caía redondo al suelo. ¡Había una rubia que era de lo más tres piedras de todo el distrito federal!

Fué saliendo precisamente de la casa Fal donde Jaime se tropezó por última vez con Pepito Coutiño: iba a comprarse unas corbatas que en la casa las había maravillosas y entre él y Bagrela apenas se cambiaron unas palabras. Jaime se despidió de él para siempre sin amargura ninguna; era ésta de los "fifíes" una casta que para nada le interesaba.

A la tarde siguiente, fué Bagrela al Volador, pues era éste uno de los rincones de México que más amaba: y no pasaba nunca por él sin rendir visita al emperador de los libreros "voladores," don César Cicerón.

Este hombre, que, con su nombre y apellido parecía haber querido agotar toda la Historia de Roma, era un águila en eso de la venta de libros. Nada codo, como otros libreros de la plaza de mucho postín, tenía hecha la planimetría de toda la República mexicana de tal modo que desde su barraquita

*Siempre Valbuena fue  
empleada de la  
casa "Fal".*



del Volador dirigía el mercado de libros de los Estados como el generalísimo de un ejército moderno dirige las más terribles hecatombes desde la mesa de trabajo de su despacho.

Este hombre admirable era en efecto el César de la venta de libros y el Cicerón de las bibliófilos y de los estudiantes.

Al salir del Volador, Jaime Bagrela, en su callejeo impenitente, fué a parar casi al otro extremo de la ciudad; era una de las últimas tardes que pasaba en México, y casi noche cerrada era ya cuando, por el rumbo de Bucareli, llegó ante la puerta de una de esas iglesias modernas de los barrios elegantes, en las que parece que Dios Nuestro Señor está de frac.

Tuvo que detenerse al borde de la banqueta para dejar paso a una señora que salía del templo. Era una dama enlutada y muy esbelta: Jaime se fijó en ella: era la viuda de Prieto.

La dama no le vió, y al ir a acercarse Bagrela para saludarla, reflexionó un segundo y la dejó seguir su camino hasta la portezuela del auto que la aguardaba.

¿Para qué detenerla? La conversación inevitable habría removido una vez más la herida que aún sangraría en su corazón. Era mejor permitirle continuar su ruta.

Pero Jaime le había visto muy bien el rostro: como a todas las viudas que en el mundo han sido, el luto la hermoseaba las facciones. Estaba apetitosa de veras.



Y allí quedaba la mujer, sola en medio de la gran ciudad, sin la débil defensa del marido, esperando a que otro "fifí" sin vergüenza y sin gracia, la mordiese, y acabase de destrozarle la vida.

Jaime Bagrela sintió de repente una gran amargura en aquel atardecer, de vísperas de viaje: fué un malestar casi físico; detuvo el primer fotingo que se cruzó en su ruta y se hizo conducir a Pigall's.

Al pasar frente al Hotel Regis hizo un gesto con uno de los dedos de la mano derecha: no se merecía otro saludo aquel panteón, donde ningún hombre de buen gusto debía alojarse.

Y en Pigall's, animado y alegre como siempre, centro del México mundano y divertido, le dijo a Manolito que le sirviera tres Habaneros Berreteaga.

F I N.

México, Marzo-Abril, 1925.













**C.I.A.P.**

Precio: 3 ptas.

Printed in Spain